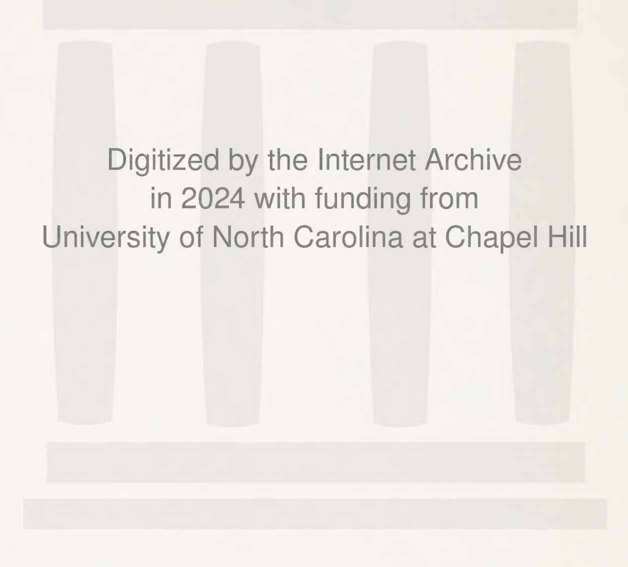
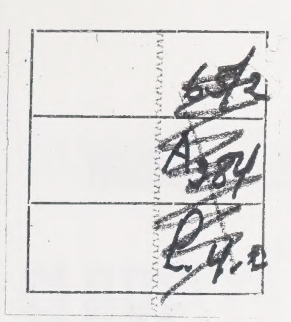




FLORESTA PATRIÓTICA



Obras de CONSTANTINO SUÁREZ (Españolito)

NOVELAS

Emigrantes (1915)
Oros son triunfo (1917)
Doña Caprichos (1921)
Isabelina (1924)
Sin testigos y a oscuras (1925)
El hijo de trapo (1926)

ENSAYOS Y CRITICA

La des-unión hispanoamericana (1918)
Ideas (1921)
La verdad desnuda (1924). (Estudio crítico sobre las relaciones de España y América).

VIAJES

Galicia, la calumniada (1923)

LEXICOGRAFIA

Vocabulario cubano (1921). (Contiene 6,828 voces, 321 frases y 52 refranes).

COMPILACIONES

(Galería de poetas cubanos: seis volúmenes)

Floresta patriótica
Poesías amatorias
Del vergel lírico
Los mejores sonetos
Musas ligeras
La lira festiva

GALERIA DE POETAS CUBANOS

FLORESTA PATRIÓTICA

RECOPILACIÓN DE

CONSTANTINO SUAREZ (ESPAÑOLITO)

PRÓLOGO DE

M. ISIDRO MÉNDEZ

VOLUMEN PRIMERO

COLECCIÓN APOLO

EDITORIAL B. BAUZA
Aribau, 175 a 179
BARCELONA

Talleres Gráficos B. Bauzá — Aribau, 175 a 179. - Barcelona

PROLOGO

Entre los diferentes objetos que pueden asignársele a un prólogo—presentación del autor, examen de la obra, etc., etc.,—hay uno, el de servir de intermediario con el público, ya que puede haber puntos en la obra cuya explicación no estaría bien en boca del autor, y preguntas a las que el prologuista puede contestar sin embarazo alguno.

Quien firma esta «Galería de poetas cubanos», Constantino Suárez (Españolito), no ha menester presentación. En Cuba, donde estuvo muchos años, es bien conocido. Además de su labor periodística en pro del hispanoamericanismo, sensato por estar exento de falacias, allí publicó libros notables de

crítica, ensayos y novelas, así como un casi imprescindible «Vocabulario cubano». Vuelto a España, su patria, en el corto tiempo que lleva, sus novelas y sus libros de viajes y estudios varios, le han conquistado la reputación que disfruta.

Si el autor de esta recopilación de poesías no necesita que le presenten, la opinión acerca de su obra, dada la insignificancia literaria del preopinante, bien poco la validaría.

Queda entonces reducida la tarea del prologuista a la de simple intermediario con los lectores, trabajo que en esta ocasión se asemeja a aquel que Croce proponía para cierto género de crítica, «a la humilde profesión del que quita el polvo de las cosas o las coloca a buena luz».

Y me parece interpretar pertinentemente el pensamiento del recopilador, adelantándome a decir que, como lo genérico del título indica, no ha querido hacer una antología de poetas cubanos, sino una colección, en el sentido de divulgarlos. Por eso, tomando de unos aquello que considera más adecuado al carácter que se le señala en las letras, y de otros, lo que se ha hecho popular aunque sea debido a circunstancias eventuales, los fué agrupando bajo las denominaciones que justifican

los títulos de los tomos, no su mérito literario. Van en esta «Galería de poetas cubanos», reunidas sin otra separación que la cronológica, composiciones de los de más nombradía, al lado de las de los menos apreciables, pero que, a todas luces, no debían quedar fuera, tenida en cuenta la índole de la obra, ya que, además, caracterizan la época y el gusto que imperaba.

Menéndez y Pelayo, en su conocidísima «Historia de la poesía hispanoamericana», al hablar de la Gran Antilla, dice: «En Cuba todo el mundo hace versos y son muchos los que hacen versos sonoros y brillantes que pueden fascinar en la recitación y aun en la primera lectura, aunque carezcan, por lo demás, de todo valor intrínseco». Esto, que pudiera aplicarse a todos los países del mundo, porque los poetas excelsos son contados en todo tiempo y lugar, y muchos los malos, circunscrito a Cuba por autoridad tan notoria, ha hecho que lo apliquen sin distingos los que desconocen el movimiento intelectual de aquella isla con razón de tiempo y circunstancias en que las luchas políticas y sociales la mantienen en el pasado siglo, durante el

cual y en medio de las vicisitudes culturales, se gesta la mayor parte de su literatura.

Ejemplo de lo apuntado lo proporciona una importante enciclopedia española en publicación. Habla de José Martí con total desconocimiento del carácter de aquel hombre culminante en virtudes humanas y genial en su producción literaria, concretando el desacertado juicio de esta suerte: «Uno de sus discípulos, Gonzalo de Quesada, ha coleccionado sus obras, en las que figuran unas poesías fáciles y agradables, para las cuales «aparecen» escritas las siguientes palabras de Menéndez y Pelayo: «En Cuba todo el mundo hacer versos, etcétera, etcétera».

Flagrante infidencia en el traslado del texto decir que «aparece» escrito para Martí lo que el autor insigne de la «Antología» trazó contra la turbamulta de vates que juzga indignos de su historia, en la que no se cita a Martí, por esta sencilla razón: «De la Antología hemos excluído a los poetas vivos», declara rotundamente Menéndez y Pelayo en la introducción de su trabajo referente a Cuba.

Mas, dado el caso de que tan renombrado crítico analizase el mérito de los poetas de Cuba,

vivos en aquel tiempo, no habría pasado sin el justo aprecio de una obra poética de tan subidos quilates como la del libertador cubano, cuya característica precisamente es la del contenido. «No han de ser, decía, los versos como la rosa centifolia, toda llena de hojas, sino como el jazmín del Malabar, muy cargado de esencias», y los suyos son como los preconizaba.

Item más. Sabida es la poca simpatía que a Menéndez y Pelayo despertaban los cantores de la libertad y los heterodoxos, singularmente los hispanoamericanos, porque sus imprecaciones eran contra la Madre Patria, y hasta se le acusó de haber omitido en su Antología ese género de versos, de lo que se disculpó diciendo que «en una publicación «oficial» de 1892, era por lo menos, inoportuno darles cabida».

Ni aun en este extremo el genio cubano hubiera disgustado al español. Contextura de apóstol que por nada del mundo sintió odio, sí amor por todo, condenado a presidio en los albores de su juventud, luego expatriado y perseguido, y errante toda su vida, sin más delito que sus ideales de libertad y de justicia, nunca injurió a España, y la España liberal que él amaba arrancó a su

pluma las alabanzas más tiernas y elocuentes que a nuestra patria se han dedicado.

Hecha esta necesaria rectificación en bien de los nombres de Menéndez y Pelayo y José Martí, no digo que el juicio del primero sea desacertado para muchos poetas cubanos. Lo que puede asegurarse es que un paralelo entre ellos y los del resto de los países de habla castellana, no sumaría mayores méritos a ninguno.

Período el siglo XIX de honda agitación en Cuba, su literatura tuvo que tener el carácter que tiene, bien perceptible en esta Galería, ya que en el arte tiene reflejo la historia de los pueblos. A cada etapa de su evolución política, se nota haberla precedido una propaganda que da tono a su poesía; tono que se acomoda al estado de cultura y tiene concordancia con la expresión poética de su tiempo, unas veces retardada, otras, en cambio, adelantada, como en los últimos tiempos.

Al hablar de una comparación entre poetas de habla castellana, no eludí a los de la Península, salvo las figuras consagradas, que de éstas, en proporción, Cuba no va a la zaga. Basta suponer lo que aportase a la poesía la colección de los vates

cantores de los sucesos políticos en las luchas peninsulares. Valga la autoridad del mismo Menéndez y Pelayo: «Todavía Cuba, en poco más de ochenta años ha producido, a la sombra de la Madre Patria, una literatura igual, cuando menos en cantidad y calidad, a la de cualquiera de los grandes Estados americanos independientes».

Si por las felices disposiciones de sus hijos para la poesía y la música, que ya anota Humboldt en cariñosa referencia de aquella hermosa isla, allí todo el mundo hace versos, se sigue que una Galería que contuviese de todos los poetas, daría un gran número de libros; pero el compilador, como hemos dicho, sin estar en su ánimo hacer una selección, si no escoge, tampoco acepta todo, de aquí que haya excluído a algunos. A unos por considerar que nada agregan a su obra, y a otros por imposibilidad material de dar muestras de ellos, por no haber hallado sus libros en las bibliotecas españolas. Claro se desprende, en cuanto a estos últimos que quedan excluídos, por carecer de sus obras, que el recopilador no los consideró con méritos intrínsecos para ser imprescindibles.

El prologuista puede decir que acompañó al

coleccionador en sus ímprobos trabajos de búsqueda por las bibliotecas madrileñas—tan escasas de libros cubanos, que esta misma obra puede cubrirles la falta,—por la feliz coincidencia de hallarse en faenas parecidas. Y llama feliz coincidencia, porque es dichoso el día que uno se halla en su camino una persona inteligente y buena, cuando lo más común es, como le pasaba a Zola, encontrarse cada veinticuatro horas dos imbéciles.

Porque soy de los que aprecian en grado sumo lo armónico entre el hombre y sus obras, aludo a esta buena hombría de Constantino Suárez con la íntima satisfacción que produce el reconocimiento de cualidades en los demás hombres y porque juzgo también del caso hacérsela saber al lector. Aunque se puede ser mal hombre y buen artista, ¡cuánto no ganan en nuestra estimación los autores que nos entusiasman en sus obras, si sabemos que son buenos! Sin que dé la reputación de buenas a las personas, como acostumbran los seudomoralistas, entre nosotros tan al uso, por la simple manifestación de actos exteriores, sino por lo que únicamente ha de servir para reputar a nuestros semejantes; por la figura de su alma, trasparentada en todas sus determinaciones.

Pero, si ímprobo ha sido el trabajo de reunir materiales de poetas no contemporáneos y noticias de sus vidas, por carencia de fuentes, el que el autor de esta Galería ha realizado para presentar al público tan importante número de los que en nuestros días han producido y aun producen, esta fatiga de meses y meses, sólo puede ser debidamente apreciada para los experimentados en esta clase de tareas.

De poetas contemporáneos, pudiera señalarse alguna falta, pero el compilador tiene su justificación; bien por no haber obtenido libros y datos de los mismos interesados, a quienes se dirigió, o por culpa de autores y editores de allende el Atlántico, que tanto descuidan hacer llegar a España sus publicaciones, lo que es verdaderamente sensible, porque dificultan el conocimiento intelectual, tan necesario con aquellos países. Para reunir materiales de muchos de estos contemporáneos, tuvo que buscarlos en colecciones de revistas y periódicos.

Esta «Galería de poetas cubanos», la forman seis tomos, con esta titulación, que a la vez los clasifica:

«Floresta patriótica», «Poesías amatorias», «Del

vergel lírico», «Los mejores sonetos», «Musas ligeras» y «La lira festiva».

El último libro indica una singularidad en las colecciones y antologías de poetas cubanos, tan parcos, como los de todo el continente americano, en ese aspecto festivo.

Todos los tomos llevan un apéndice, donde van distribuídas las biografías por orden alfabético de apellidos, que facilita buscar el autor determinado. Las composiciones en cada libro van por fechas del nacimiento de autores, lo que hará percibir mejor las transiciones de las escuelas.

«Españolito», con esta obra, presta un relevante servicio a la cultura en general. Nunca más justo el empleo de esta frase consagrada.

M. Isidro Méndez

Madrid, 1926.

ACLARACION DEL COMPILADOR

Nada tendríamos que quitar ni poner al amable prólogo de nuestro excelente amigo, M. Isidro Méndez, si no nos obligase en cierto modo, como autor de esta «Galería de poetas cubanos», a insistir sobre una aclaración pretendida allí sobre las ausencias que pudieran advertirse de algunos poetas contemporáneos.

Estamos seguros de que esta obra puede figurar dignamente entre las de su género de los otros países de habla castellana; esto, en cuanto a los méritos poéticos que la avaloran, claro está. En cuanto a nosotros, no sentimos la satisfacción de que haya quedado lo completa que deseába-

mos cuando la acometimos. Las dificultades en la realidad han defraudado un tanto aquellos anhelos de presentar un muestrario definitivo de los valores poéticos cubanos, a cuyo servicio estuvo consagrada nuestra voluntad, que no es floja, durante muchos meses.

Hemos agotado en la investigación de materiales todos los recursos de varias bibliotecas privadas y de las públicas reputadas de mejores, incluída la Nacional, de Madrid. De este esfuerzo estamos contentos por su fruto, en lo que se refiere a poetas del siglo XIX. Las deficiencias y omisiones, ingénitas a esta clase de libros, no acrecerían un ápice el prestigio literario de Cuba. Tampoco nos parece que pueda valorizarse en baja apreciación ese prestigio con las muestras aquí recogidas de los poetas actuales. Seguramente sostienen el rango intelectual de que goza Cuba con el florecimiento literario de la presente centuria. Pero el compilador estima conveniente adelantarse a la crítica y a los poetas que se consideren desmerecidos o postergados, para decirles que cierra su trabajo con disgusto de no haber obtenido de éstos la imprescindible cooperación a esta labor de difusión literaria.

De muy poco nos han valido los reiterados, insistentes, hasta pertinaces requerimientos a los mismos poetas, por todos los medios directos e indirectos, para que nos prestaran su concurso, mucho más conveniente a ellos que a nosotros, con el envío de datos biográficos y muestras abundantes de sus producciones poéticas. Cierto que si fueron contados los que nos prestaron entusiasta cooperación, con una amabilidad que no olvidamos, no son ellos de los que menos laureles ciñen a su frente, y esto desvanece un tanto nuestra sospecha de si los poetas cubanos habrán considerado acaso indigno de ellos al compilador. Lo que pudo ser convicción en nosotros, no es más que duda, porque no nos invitan a más los poetas de renombre consagrado que nos han favorecido con sus envíos, y los barruntos de que a nuestros menguados méritos, con toda sinceridad reconocidos, se hayan asociado el exceso de modestia en unos y la pereza en otros. El resultado fué que hayamos tenido que recoger poesías de los contemporáneos en colecciones de periódicos, en no escasa medida (cosa muy distinta a seleccionarlas de la producción de cada autor); que no figuren algunos poetas modernos con tantos merecimien-

tos como otros que se incluyen, y que se echen de menos biografías de éstos, imposibles de obtener si no facilitan los datos los mismos interesados...

Nuestra buena voluntad nos obliga a señalar esas deficiencias con la esperanza de repararlas en futuras ediciones.

Ratificada, pues, la aludida aclaración del prólogo, réstanos advertir que no hemos incluído en esta «Galería» algunos poetas que figuran en otras obras semejantes, como cubanos, cuando no han nacido en Cuba, y sí solamente residido más o menos tiempo en la Isla. En tal caso de exclusión están los portorriqueños Narciso Foxá, Lola Rodríguez de Tió y Sergio Cuevas Zequeira; el dominicano Max Enríquez Ureña; la mejicana Rosario Sansores, y algunos otros tal vez. La razón para no darles acogida en esta obra es la misma que impondría la inclusión de sus nombres en antologías poéticas de sus países respectivos. No se podría prescindir de ellos en ese caso, como no se puede prescindir en Cuba de los nombres de Gertrudis Gómez de Avellaneda, José Luis Alfonso, Emilio Bobadilla, Alfonso Hernández Catá y otros, pese a que se han robustecido y consagrado sus personalidades literarias lejos del suelo

natal. Cuando esta circunstancia oscurece y anula la condición de origen por el nacimiento, cual sucede a José María Heredia, el de la Academia Francesa, y a María Santa Cruz, verdaderos franceses, aunque hayan nacido en Cuba, entonces conviene atenerse a la nacionalidad adoptada, y por eso van en esta «Galería» los nombres del venezolano Domingo del Monte y del asturiano Saturnino Martínez, espíritus cubanos a tal punto que, habiendo abierto ambos los ojos de la conciencia a la luz de Cuba, y vivido, pensado y sentido como nacidos en ella, no podrían figurar entre poetas venezolanos y asturianos sin detrimento del buen sentido histórico-literario.

*

* *

Dos palabras, ahora, para referirnos concretamente al presente volumen. Sean para justificar el título de «Floresta patriótica» y el método seguido en su composición.

Fué nuestro principal propósito agrupar el mayor número de poetas y composiciones de más notoriedad, unos y otras, en cuanto a un motivo común: el sentimiento de patria. Hemos pretendi-

do, ante todo, ser objetivistas al punto de atenernos solamente al valor artístico de las composiciones, siempre que sumara una modalidad o un matiz diferentes en la expresión del amor patrio.

Deseamos que resalte esa nuestra amplitud de criterio en la selección, porque no de otra manera cabrían en este volumen poesías que consideramos imprescindibles, y que son muy ajenas al sentimiento nacionalista cubano, tales como «Jicotencal», de «Plácido», y «El himno de guerra del cruzado», de Ramón de Palma.

Y dentro de ese nacionalismo, nos hemos separado en absoluto del criterio, muy en boga, de que patriotismo sea no más que lo atañedero a cosas guerreras. Desde la arenga bélica «¡A las armas!», de Santacilia, y la oda epopéyica «A Cuba», de Castilla del Busto, hasta los cantos «Yumurí», de Mendive, y «La vuelta a mi patria», de la Avellaneda, hemos pretendido recoger las más diversas modulaciones de la lira, sobre uno de los sentimientos más enraizados en el alma humana, y de ahí que ningún título nos haya parecido más adecuado que éste de «Floresta patriótica».

Españolito



JOSE M. HEREDIA Y CAMPUZANO

(1803)

Himno del desterrado

Reina el sol, y las olas serenas
corta en torno la proa triunfante,
y hondo rastro de espuma brillante
va dejando la nave en el mar.
¡Tierra!, claman; ansiosos miramos
al confín del sereno horizonte,
y a lo lejos descúbrese un monte...
Lo conozco... ¡Ojos tristes, llorad!

Es el «Pan»... En su falda respiran
el amigo más fino y constante,
mis amigas preciosas, mi amante...
Qué tesoros de amor tengo allí.
Y más lejos, mis dulces hermanas,
y mi madre, mi madre adorada,
de silencio y dolores cercada
se consume gimiendo por mí.

¡Cuba, Cuba, que vida me diste,
dulce tierra de luz y hermosura,
cuánto sueño de amor y ventura
tengo unido a tu sueño feliz!
¡Y te vuelvo a mirar...! ¡Cuán severo
hoy me oprime el rigor de mi suerte!
La opresión me amenaza con muerte
en los campos do al mundo nací.

Mas, ¿qué importa que truene el tirano?
Pobre, sí, pero libre me encuentro;
sólo el alma del alma es el centro.
¿Qué es el oro sin gloria ni paz?
Aunque errante y proscripto me miro,
y me oprime el Destino severo,
por el cetro del déspota ibero
no quisiera mi suerte trocar.

Pues perdí la ilusión de la dicha,
dame, ¡oh, gloria!, tu aliento divino.
¿Osaré maldecir mi Destino,
cuando puedo vencer o morir?
Aunque habrá corazones en Cuba
que me envidien de mártir la suerte,
y prefieran espléndida muerte
a su amargo, azaroso vivir.

De un tumulto de males cercado,
el patriota inmutable y seguro,
o medita en el tiempo futuro,
o contempla en el tiempo que fué.
Cual los Andes en luz inundados
a las nubes superan serenos,
escuchando a los rayos y truenos
retumbar hondamente a su pie.

¡Dulce Cuba!, en tu seno se miran
en el grado más alto y profundo,
las bellezas del físico mundo,
los horrores del mundo moral.
Te hizo el cielo la flor de la tierra;
mas tu fuerza y destinos ignoras,
y de España en el déspota adoras
el demonio sangriento del mal.

¿Ya qué importa que al cielo te tiendas
de verdura perenne vestida,
y la frente, de palmas ceñida,
a los besos ofrezcas del mar,
si el clamor del tirano insolente,
del esclavo el gemir lastimoso,
y el crujir del azote horroroso
se oye sólo en tus campos sonar?

Bajo el peso del vicio insolente,
la virtud desfallece oprimida,
y a los crímenes y oro vendida
de las leyes la fuerza se ve.
Y mil necios, que grandes se juzgan
con honores al peso comprados,
al tirano idolatran, postrados
de su trono sacrílego al pie.

Al poder, el aliento se oponga,
y a la muerte contraste la muerte;
la constancia encadena la suerte,
siempre vence el que sabe morir.
Enlacemos su nombre glorioso
de los siglos al rápido vuelo;
elevemos los ojos al cielo,
y a los años que están por venir.

Vale más a la espada enemiga
presentar el impávido pecho,
que yacer de dolor en un lecho
y mil muertes, viviendo, sufrir.
Que la gloria en las lides anima
el ardor del patriota constante,
y circunda con halo brillante
de su muerte el momento feliz.

¿A la sangre teméis...? En las lides
vale más derramarla a raudales,
que arrastrarla en sus torpes canales
entre vicios, angustias y horror.
¿Qué tenéis? Ni aun sepulcro seguro
en el suelo infelice cubano.
¿Nuestra sangre no sirve al tirano
para abono del suelo español?

Si es verdad que los pueblos no pueden
existir sino en dura cadena,
y que el cielo feroz los condena
a ignominia y eterna opresión;
de verdad tan funesta mi pecho
el horror melancólico abjura,
por seguir la sublime locura
de Washington y Bruto y Catón.

¡Cuba! Al fin te verás libre y pura
como el aire de luz que respiras,
cual las ondas ardientes que miras
de tus playas la arena besar.
Aunque viles traidores le sirvan,
del tirano es inútil la saña,
que no en vano entre Cuba y España
tiende inmenso sus olas el mar.

NOTA: Apuntaciones biográficas en el volumen: *Los mejores sonetos.*

DOMINGO DEL MONTE Y APONTE

(1804)

La patria

—«¡Mal hayas, tú, Manzanares,
el de las ondas mezquino;
mal haya el que a Mantua vino,
dejando el patrio Almendares!
¡Mal haya el que sus palmares
y su floreciente orilla,
y su cielo, donde brilla
siempre el azul y la rosa,
trocó por esta enojosa
tierra helada de Castilla!»—

Así, mirando a la sierra
del nevado Guadarrama,
maldice de su fortuna
un sitiero de Managua.
Por influjos de su estrella,
que siempre la hubo contraria,
en las dehesas se mira
de la más remota España.
Por la aterida ribera
los ojos del triste vagan,
y en vano buscan por ella
las flores de su sabana.
En vano descubrir quiere
los árboles de su patria;
¡ay! ¡que sólo mira el triste
marchita, incógnita planta!
De sus hojas despojados
los álamos por la escarcha;
la encina, el frondoso roble
privados de su esmeralda;
yermo el prado, turbio el río,
la Natura desmayada,
¡cuán distinto cuadro ofrecen
del de su nativa estancia!
Allí todo es verde pompa,
todo son silvestres galas,
y las auroras de enero
con las del abril se igualan.

«Aquí, dice, no más miro
que hielo en la cumbre alzada,
nieve en el valle sombrío,
niebla que todo lo empaña.
¿Do el diáfano, puro ambiente
está de mi Cuba amada?
¡Quién me diera un solo rayo
del sol que sus campos baña!
Sus campos... ¡ah! ¡quién los viera!
¡Cómo anhelante volara,
rápida más que los aires,
a saludarlos el alma!
Que el alma bien los conoce;
ni son, no, para olvidadas
las horas gratas que en ellos
de mi mocedad pasaba.
¡Con qué placer buscaría
desde la flotante tabla,
al par de las mil banderas
que el Morro en sus muros alza,
las dos pintorescas cumbres
del Príncipe y Santa Clara!
¡Cuál desde allá palpitando,
ver creyera ya las palmas,
la umbrosa ceiba, el arroz
que el viento sonando halaga...
único son que se oyera
en ti, mi inocente «estancia»!

Que nunca escuchar yo pude,
sin que hirviese en ira el alma,
el bárbaro, atroz chasquido
del látigo en carne esclava.
Sólo el sudor de mi frente
libre, enhiesta, muy honrada,
de mis sembrados los surcos
regó con sus gotas santas...
Yo más prefiero, orgulloso,
pobre vivir, más sin mancha,
que no en opulencia infame
a infame precio comprada.»
Calló el sitiero infelice,
que el dolor su voz embarga.
Tan lejos, ¡ay! de su tierra
como éste, ¡quién no llorara!

NOTA: Apuntes biográficos en el volumen: *Musas ligeras*.

GABRIEL DE LA CONCEPCION VALDES

(1809)

Jicotencal

Dispersas van por los campos
las tropas de Moctezuma
de sus dioses lamentando
el poco favor y ayuda.
Mientras ceñida la frente
de azules y blancas plumas,
sobre un palanquín de oro
que finas perlas dibujan,
tan brillante, que la vista,
heridas del sol, deslumbran,
entra glorioso en Tlaxcala
el joven que de ellas triunfa.

Himnos le dan de victoria
y de aromas le perfuman
guerreros que le rodean,
y el pueblo que le circunda,
a que contestan alegres
trescientas vírgenes puras.—
«Baldón y afrenta al vencido,
loor y gloria al que triunfa.»
Hasta la espaciosa plaza
llega, donde le saludan
los ancianos senadores,
y gracias mil le tributan.
Mas, ¿por qué veloz el héroe
atropellando la turba
del palanquín salta y vuela
cual rayo que el éter surca?
Es, que ya del caracol
que por los valles retumba,
a los prisioneros muerte
el eco sonante anuncia.
Suspende a lo lejos hórrida
la hoguera su llama fúlgida
de humanas víctimas ávida
que bajan sus frentes mustias.
Llega, los suyos al verle,
cambian en placer la furia
y de las enhiestas picas
vuelven al suelo las puntas.

«¡Perdón!», exclama, y arroja
su collar; los brazos cruzan
aquellos míseros seres
que vida por él disfrutan.
«Tornad a Méjico, esclavos;
nadie vuestra marcha turba
y decid a vuestro amo,
vencido ya veces muchas,
que el joven Jicotencal
crueldades como él no usa,
ni con sangre de cautivos,
asesino, el suelo inunda,
sino con armas y juntas.
Que arme flecheros más bravos
y me encontrará en la lucha,
con sólo una pica mía
por cada trescientas suyas;
que tema el día funesto
que mi enojo al punto suba;
entonces ni sobre el trono
su vida estará segura.
Y que si los puentes corta
porque no vaya en su busca,
con cráneos de sus guerreros
calzada haré en la laguna.»
Dijo, y marchóse al banquete
do está la nobleza junta

y el néctar de las palmeras
entre vítores se apura.
Siempre vencedor, después
vivió lleno de fortuna;
mas como sobre la tierra
no hay dicha estable y segura,
vinieron atrás los tiempos
que eclipsaron su ventura,
y fué tan triste su muerte,
que aun hoy se ignora la tumba
de aquel, ante cuya clava,
barreada de áureas puntas,
huyeron despavoridas
las tropas de Moctezuma.



NOTA: Apuntaciones biográficas en el volumen: *La lira festiva*.

FRANCISCO ORGAZ

(1810)

Un recuerdo a mi patria

Dulces memorias de la patria mía,
henchid de amores mi abrasada frente,
que ardiente el labio de placer sonría
cuando crucéis por mí agitadamente;
que en vano luce el luminar del día
para el que llora de su patria ausente,
si ha de mirar en el extraño suelo
sin luz la vida, sin color el cielo.

Porque la luz que encanta nuestra vida,
es la que vemos en la dulce cuna,
del inocente amor, tierna querida,
más bella y más hermosa que ninguna;
y a nuestra gloria sin cesar unida,
sin esa luz, ni es bella la fortuna,
ni son hermosas las más ricas flores,
ni existen gloria, ni ambición, ni amores.

Venid, memorias, revolando inquietas,
llevad mi mente a la frondosa cumbre
de esas montañas, que en el mar sujetas
se extienden en inmensa muchedumbre
abrumando el pensar de los poetas;
llevadme a la encendida y regia lumbre
que enrojece al pasar nuestras arenas,
y allí calmad mis tormentosas penas.

Que en vano torno la incansable vista
por este mundo de vivir cansado,
si apenas comentar puedo en su lista
la historia de los siglos que han pasado,
cada línea nos muestra una conquista,
cada pueblo un gigante destrozado,
cada grano de arena una memoria,
y dondequiera una gigante gloria.

Y el corazón, el corazón vacío
de admiración y luz se llena en tanto,
mas ¡ay! la falta del paterno río,
aquel susurro indefinible y santo;
todo es hermoso aquí, mas nada es mío,
mío es ¡oh, patria! tu amoroso encanto
como es tuyo no más mi pensamiento
y tuya la expresión del sentimiento.

Bellos son estos ricos mausoleos
que el polvo encierran de la antigua Europa,
y bellos los magníficos trofeos
que alza en España su guerrera tropa.
Y si no hay en sus viejos Pirineos
de árbol frondoso la empinada copa,
allí a los gritos de exterminio y guerra
cayó el imperio del francés por tierra.

¿Dónde no extiende el viajador su planta
que no huelle antiquísimos laureles?
Cuanto este pueblo en sus amores canta
triunfos son del valor de sus donceles.
Ya aquí el soberbio torreón no espanta;
Zegríes, Mozárabes y Gomeles,
a la trompa del héroe castellano
desparecieron del solar hispano.

Todo es hermoso aquí, patria adorada,
y todo aquí con majestad se ostenta,
de algún templo la cúpula gastada
tal vez ignore cuántos siglos cuenta.
Y en mil columnas la mezquita alzada
a los ojos del mundo se presenta;
pero entre tanta cifra misteriosa,
sólo me acuerdo de mi Cuba hermosa.

Suave es la brisa en la floresta umbría,
ricas las frutas son, bellos los prados,
y el blando aroma y de mejor valía
brota bajo los cielos celebrados,
de la hermosa y feraz Andalucía;
pero entre tantos goces decantados
yo más quiero tus vegas, que sus viñas,
más que sus frutas, nuestras dulces piñas.

Tú no tienes alcázares moriscos,
recuerdos de otros tiempos gloriösos,
pero puedes alzar sobre tus riscos
muros, anfiteatros y colosos,
y pirámides, faros y obeliscos
más que cuantos brillaron prodigiosos,
que el oro se alimenta en tus entrañas
y en la sabrosa miel de nuestras cañas.

Ardiente el sol, tus campos ilumina,
bello el pájaro, canta en la alameda,
y al eco dulce de tu voz divina
corre la brisa por tus campos leda.
Sobre tu seno virginal germina
sin la industria del hombre, la arboleda,
y al terrible rugir del Oceano
alza la frente el trovador cubano.

No serán las canciones orientales
más gratas que tus suaves cantilenas,
ni serán las huríes celestiales
más bellas que tus vírgenes morenas,
que tus divinos ojos tropicales
abrasan al pasar nuestras arenas,
cual del árabe negro tus cabellos,
y tus ojos más negros y más bellos.

Flores, frutas y esencias primorosas
de jazmines, de lirios y claveles,
tienen, ¡oh ,patria mía!, tus hermosas,
y quintas deliciosas y vergeles;
brisas para tus siestas calurosas,
para tu blando invierno, ricas pieles,
y tienen ¡ay! como más pura esencia
la venturosa paz de tu inocencia.

El canto de tus bellos ruiseñores
halaga blandamente tus festines,
y fuentes con variados surtidores
bullen, saltan y riegan tus jardines;
los ángeles celebran tus amores
porque son tus doncellas serafines,
en quien el cielo con su fuego inflama
del casto amor la pudorosa llama.

Las aguas de tus ricos manantiales
brotan eternamente en las praderas,
y en tus vegas y hermosos cafetales
se extienden los bambúes en hileras;
al soplo de las brisas matinales
nacen entre rosales tus palmeras,
y naranjos y hermosos limoneros,
al pie de tus gigantes cocoteros.

Riquísimas también tapicerías
adornan el precioso gabinete,
y del Asia costosas pedrerías
de tus bellas se ven en el retrete;
persianas por cerradas celosías
el humo exhalan del mejor pebete,
y en tus salas de mármoles brillantes
ostenta la cubana sus diamantes.

El rojo sol de púrpura teñido
que tus fértiles campos fecundiza
con su disco de fuego enrojecido,
tu faz encantadora diviniza;
edén del Universo el más querido
en donde el mismo cielo se electriza,
yo idolatro tu nombre soberano,
aquel que no te adore, no es cubano.

Nada te falta para ser señora,
todo lo tienes en tu mismo suelo,
mas no ha llegado la anhelada hora
de levantar tu venturoso vuelo;
¡oh!, si llegase tan brillante aurora,
aunque yo pereciese en mi desvelo,
después de verte con triunfantes galas
alzarte libre y desplegar tus alas.

¿Cuándo será que despertando osada
de ese letargo que te aduerme impío,
alces la frente de esplendor bañada
con tu inmenso y terrible poderío,
y el Universo ante tu faz airada
te conceda el supremo señorío,
que tu brillante porvenir nos pinta
con los vivos colores de su tinta?

¿Cuándo será? Los incansables años
que se escapan en pos de tu ventura,
te dejan al pasar los desengaños
de esa africana servidumbre impura.
¡Oh! no al terrible peso de tus daños
tarde conozca tu fatal locura,
que si torpes esclavos no tuvieras
un pueblo libre y soberano fueras.

Mas, ¡ay!, memorias que llegáis molestas,
no atormentéis mi espíritu abatido
con tantas penas por mi mal funestas,
venid con el brillante colorido
de mis cubanas y amorosas fiestas,
porque mi corazón enardecido
pueda pintar con delicioso canto
de mi Cuba infelice el bello encanto.

NOTA: Apuntes biográficos en el volumen: *La lira festiva.*

RAMON DE PALMA Y ROMAY

(1812)

Himno de guerra del cruzado

I

¡Guerra, guerra! La bélica trompa
en coraje los pechos inflama;
a la guerra, a la guerra nos llama
del heraldo la enérgica voz.
Levantando el corcel la cabeza
al oír resonar los clarines,
ya resopla y eriza las crines
y piafando relincha feroz.

II

Venga, venga mi noble caballo,
dadme pronto mi escudo y mi lanza;
sacudamos del cuerpo la holganza;
reanimemos del alma el valor.
Harto tiempo en la paz ominosa,
entregados a muelles placeres,
olvidamos los santos deberes
que de Dios nos impone el amor.

III

Harto tiempo en cobarde abandono
contemplamos al bárbaro Oriente,
coronada de lauros la frente
el sepulcro de Cristo insultar.
Harto tiempo, ¡memoria de oprobio...!
del infiel el triunfante alarido,
acalló con su estruendo el gemido
que lanzaba la santa ciudad.

IV

Mas ya suena el clamor de venganza
y al batir de los roncos timbales,
se enardecen los pechos marciales,
los cobardes se hielan de horror.
Mas no tiemblen o lidien temblando,
que aunque esquiven, medrosos, la guerra,
ya la paz no hallarán en la tierra
sino en tumba de eterno baldón.

V

Pero no;—de la bélica trompa,
¿quién resiste al aliento guerrero?
¡Hurra, hurra!, que brille el acero,
y volemos cantando a la lid.
¿Dónde están los que al pie de las bellas
de su intrépida fe blasonaban?
¿La señal del combate no ansiaban?
Pues, valientes, al campo venid.

VI

Ahora, en vez de feudales castillos
y en lugar de gentil vestidura,
ceñiréis la ferrada armadura,
vagaréis por ardiente arenal.
Mas, ¿qué vale una holgada existencia
sin la luz que le presta la gloria?
En la guerra el clamor de ¡victoria!
no hay placer que se iguale en la paz.

VII

La fatiga, la lucha, el peligro,
son deleites que inundan el alma,
del que busca en el triunfo una palma,
que los riesgos más lustre le dan.
En el choque feroz de las armas,
de la lid en los fieros clamores,
hay deliquios de gloria y de amores,
que los héroes conocen no más.

VIII

Pero ya de la Europa contemplo
levantarse a una voz las naciones,
y flamear los heroicos pendones
de los nobles que toman la cruz.
¡Hurra, hurra! al estruendo de guerra,
que del Norte al Levante retumba,
los que usurpan de Cristo la tumba,
menguar miran su luna sin luz.

IX

Menguar miran su luna, entre tanto
que la estrella de Cristo se asoma,
y los hijos de Omar y Mahoma
la maldicen al ver su esplendor.
Pero en vano con torpes blasfemias
herirán los lugares sagrados,
que sus gritos, bien pronto apagados,
quedarán con los himnos de Dios.

X

No mostrarle la espalda al Oriente
ha jurado el que noble se llama,
ni volver a los pies de su dama,
sino lleno de gloria y honor.
De la Arabia los potros veloces
a las lides traerán los infieles,
mas del Norte en los nobles corceles
chocarán con inútil furor.

XI

Y traerán para herir, los malditos,
de Damasco los corvos alfanjes,
mas de Europa en las férreas falanjes
embotados sus filos serán;
y embriagarse en su sangre veremos
nuestras lanzas y mazas de guerra,
que hundir pueden de un golpe en la tierra,
caballero y caballo a la par.

XII

¿Quién resiste al heroico ardimiento
del que busca en las lides la gloria?
¿Quién resiste al que «¡muerte o victoria!»
por divisa del triunfo tomó...?
¡Guerra, guerra!, la bélica trompa
en coraje los pechos inflama.
¡A la guerra...! A la guerra nos llama
del heraldo la enérgica voz.

NOTA: Véanse apuntes biográficos en *La lira festiva.*

GERTRUDIS GOMEZ DE AVELLANEDA

(1814)

La vuelta a la patria

¡Perla del mar! ¡Cuba hermosa!
Después de ausencia tan larga
que por más de cuatro lustros
conté sus horas infaustas,
torno al fin, torno a pisar
tus siempre queridas playas,
de júbilo henchido el pecho,
de entusiasmo ardiendo el alma.
¡Salud, oh, tierra bendita,

tranquilo edén de mi infancia,
que encierras tantos recuerdos
de mis sueños de esperanza!
¡Salud, salud, nobles hijos
de aquesta mi dulce patria...!
¡Hermanos, que hacéis su gloria!
¡Hermanas, que sois su gala!
¡Salud...! Si afectos profundos
traducir pueden palabras
por los ámbitos queridos
llevad—¡brisas perfumadas,
que habéis mecido mi cuna
entre plátanos y palmas!—,
llevad los tiernos saludos
que a Cuba mi amor consagra.
Llevadlos por esos campos
que vuestro soplo embalsaman,
y en cuyo ambiente de vida
mi corazón se restaura;
por esos campos felices
que nunca el cierzo maltrata,
y cuya pompa perenne
melifluos sinsontes cantan.
Esos campos do la ceiba
hasta las nubes levanta
de su copa el verde toldo,
que grato frescor derrama;
donde el cedro y la caoba

confunden sus grandes ramas,
y el yarey y el cocotero
sus lindas pencas enlazan;
donde el naranjo y la piña
vierten al par su fragancia;
donde responde sonora
a nuestros besos la caña;
donde ostentan los cafetos
sus flores de filigrana
y sus granos de rubíes
y sus hojas de esmeraldas.
Llevadlos por esos bosques
que jamás el sol traspasa,
y a cuya sombra poética,
do refrescáis vuestras alas,
se escucha en la siesta ardiente
—cual vago concento de hadas,—
la misteriosa armonía
de árboles, pájaros, aguas,
que en soledades secretas,
con ignotas concordancias,
susurran, trinan, murmuran,
entre el silencio y la calma.
Llevadlos por esos montes
de cuyas vírgenes faldas
se desprenden mil arroyos
en limpias ondas de plata.
Llevadlos por los vergeles,

llevadlos por las sabanas
en cuyo inmenso horizonte
quiero perder mis miradas.
¡Llevadlos férvidos, puros,
cual de mi seno se exhalan
—aunque del labio el acento
a formularlos no alcanza,—
desde la punta Maisí
hasta la orilla del Mantua,
desde el pico de Turquino
a las costas de Guanaja!
Doquier los oiga ese cielo
al que otro ninguno iguala,
y a cuya luz de mi mente
revivir siento la llama;
doquier los oiga esta tierra
de juventud coronada
y a la que el sol de los trópicos
con rayos de amor abrasa;
doquier los hijos de Cuba
la voz oigan de esta hermana
que vuelve al seno materno
—después de ausencia tan larga,—
con el semblante marchito
por el tiempo y la desgracia,
mas de gozo henchido el pecho,
de entusiasmo ardiendo el alma.

Pero, ¡ah! decidles que en vano
sus ecos le pido a mi arpa...
pues sólo del corazón
los gritos de amor se arrancan,

NOTA: Apuntaciones biográficas en *Los mejores sonetos.*

IGNACIO MARIA DE ACOSTA

(1814)

A Cuba

¡Quién no te ama, Cuba hermosa,
tierra virgen, inocente...!
¿Quién al brillo refulgente
no se inspira de tu sol...?
¿A la blanca trasparencia
de tu cielo siempre hermoso,
de tu aspecto delicioso,
quién no dice: —Soy cantor?

Si en las tardes silenciosas
busco al pie de tus palmares
dulce alivio a los pesares
que contristan mi razón,
como bálsamo divino,
tu belleza, Cuba mía,
mi letal melancolía
la convierte en ilusión.

El perfume de tus flores,
raras, bellas y sin nombre,
que tal vez desprecia el hombre
porque ignora su valor;
en el alma que contempla
tu pureza primitiva,
dulce Cuba, ¡cuánto aviva
la ternura de mi amor!

A la sombra deliciosa
de tus selvas solitarias
en tristísimas plegarias
he pintado mi aflicción.
Allí el bien que el alma adora
sorprendente y misterioso,
más divino, más radioso,
se ha mostrado a mi ilusión.

Allí he visto su semblante
como el alba cuando asoma,
y sus ojos de paloma
y sus labios de carmín.
Allí he visto su albo seno
palpitando de ternura
y he mirado mi ventura
que tocaba ya a su fin.

¡Ilusiones de la mente
brillantes cual nuestro cielo!
¡Oh, nunca rasguéis el velo
que cubre la realidad!
Permitid que en vuestros sueños
se columpie el alma mía...
¡Es tan bella poesía
la ilusión a mi ansiedad!

Solitario en mi retiro,
de ellas sólo me alimento;
con mi hermoso pensamiento
entretengo mi dolor.
En la flor de tus praderas,
en tu brisa perfumada,
miro, Cuba, a mi adorada
bajo un prisma seductor.

Y por eso mis quimeras,
al poder de tus encantos,
son de amor mis dulces cantos
y mis sueños de placer.
Porque en medio de tus palmas,
de tus cañas y tus flores,
miro, Cuba, los amores
a los pies de una mujer.

Tierra virgen, tierra hermosa,
no me quites mis delirios
inocentes cual tus lirios,
extasiantes cual tu sol.
Tú me anuncias con tu encanto
todo el bien que el alma ansía,
como el alma anuncia el día
en su manto de arrebol.

Que en tus brisas, en tus flores,
en tu cielo, en tus palmares,
en tus bosques seculares
y tu clima abrasador,
ven mis ojos, Cuba mía,
bajo un velo trasparente,
la mujer que ornó mi frente
con los mirtos del amor.

NOTA: Véanse apuntaciones biográficas en el apéndice de este tomo.

JUAN GÜELL Y RENTE

(1815)

Navegando

¡Adiós, patria! Tranquila nave
se columpia en la férvida espuma;
ya la brisa deshace la bruma,
ya respiro el aliento del mar.
Otra vez, infeliz, navegando
con el alma preñada de duelo...
¡Adiós, patria! ¡Ay! Adiós, fértil suelo,
ya la nave comienza a marchar.

Perla hermosa del mar de Occidente
que, de eterna verdura vestida,
eres puente de amor y de vida
para el hombre que libre nació;
oye el himno sonoro y sublime
que en las alas y aromas del viento
te dirige el patriótico acento
de un proscripto que el sér te debió.

Salve, ¡oh, monte del Pan, deleitoso!,
fiero atleta que atento vigilas
del Oriente las velas tranquilas
que abundancia derraman doquier.
En ti puestos mis ojos enjutos
y en mis trémulas manos la lira,
por la patria que esclava respira
vaya el canto a morir a tus pies.

¡Madre! ¡Hermanos! ¡Amigos queridos!
¡Prendas dulces del alma inocente!
Recibid el quejido doliente
que me arranca la dura opresión.
Adiós, pues, que la mar en su seno
ya me brinda seguro retiro,
donde fiel y constante respiro
la demencia de Bruto y Catón.

¡Sopla el viento! La vela preñada
me conduce veloz a otra orilla;
para el pobre proscripto no brilla
de otro cielo la aurora feliz.
Yo no quiero otro sol que el de Cuba,
yo no quiero destinos y honores,
yo no quiero otra luz ni otras flores
que la cuna do humilde nací.

¡Dios de Dios! ¡Qué sublime recuerdo!
Desde niño adoré a mis hermanos,
y la Biblia sagrada en mis manos
a ser libre y feliz me enseñó.
Y en el blando regazo materno,
la elocuente lección escuchaba
que el gran Mucio y Fación reservaba
nombre eterno y eterno loor.

Y por eso tu nombre divino,
madre hermosa, va unido a mi canto,
como el eco más fiel y más santo
de mi amor y respeto filial.
Y no temas, matrona de Cuba,
que mi raza, tu raza, claudique,
ni que el vano favor sacrifique
de mi alma la fibra inmortal.

Sopla el viento. Las olas se alteran
y retumba en los aires el trueno.
¿Qué me importa? Tranquilo y sereno
la tormenta mi rostro verá.
Si la saña cruel del Destino
me prepara una muerte afrentosa,
será sólo en la mar procelosa
donde tumba mi cuerpo hallará.

¿Qué me importa? Jamás de mi lira
con más brío pulsé los bordones;
al violento rugir de aquilones
más valiente resuena mi voz.
Odio al crimen y al vicio indolente;
odio a muerte al verdugo que mata,
y odio a muerte al traidor que no acata
la justicia tremenda de Dios.

Cuán en vano ligera la nave
de tus playas, ¡oh, patria! me aleja;
dividida mi alma te deja
su templanza y su bélico ardor.
Dondequiera me arrastre la suerte,
peregrino de orilla en orilla,
el baldón cantaré y la mancilla
que circundan tus campos de honor.

¡Patria, adiós! En tus limpias arenas
guarda el nombre del vate cubano
que en las ondas del mar Oceano
himno fiel de esperanza ensayó.
Y si vuelve otra vez a tus playas,
generosa, recibe su aliento,
como fué generoso su acento
cuando esclavo y proscripto cantó.



NOTA: Véanse datos biográficos en *Los mejores sonetos*.

LEOPOLDO TURLA

(1818)

Perseverancia

«Apoyado al timón espero el día».

Sé firme, corazón. Sostén constante
de tu valor el indomable temple;
del Gólgota el martirio no te espante;
que la patria entre espinas te contemple
llevar la cruz con ánimo gigante.
No vil flaqueza tus impulsos tuerza;
nútrate la esperanza; en Dios confía;
a cada golpe de la suerte impía,
palpita, corazón, con doble fuerza,
que apoyado al timón espero el día.

Hoy cubre el horizonte denso velo
y el pie de un hombre nuestras frentes huella;
mañana acaso en desnublado cielo
súbita asome refulgente estrella
que trueque en gozo nuestro amargo duelo.
Hoy, a la par que el brazo del patriota,
duerme el volcán que cauteloso hervía;
pronto, tal vez, reviente en noche umbría;
próxima esté la aurora o bien remota,
apoyado al timón espero el día.

El hambre aqueja al mísero proscrito,
y aunque su airada faz el llanto inunda,
del cruel destierro en el jardín marchito
busca una flor que espíritu le infunda
y ahogue de su afán el hondo grito.
Al débil cuerpo la miseria postra,
no al alma estoica que heroísmo cría;
bello bajel de la esperanza mía,
del hórrido huracán la furia arrostra,
que apoyado al timón espero el día.

El alma del rebelde, siempre alerta,
nutre en silencio su implacable saña,
y alzarse audaz en negro club concierta,

y el vuelo remontando a la montaña
con ronco grito al déspota despierta.
  Y el pueblo a combatir ardiente llama,
y lánzase con bélica osadía
de la amada libertad por la ancha vía;
salve, espíritu audaz, tu ardor me inflama
y apoyado al timón espero el día.

  ¿Qué me importa que almas flacas no pudiendo
la carga soportar del ostracismo,
a desaliento femenil cediendo,
se hayan postrado al pie del despotismo
de nuevo al yugo la cerviz unciendo?
  Su fe sostenga imperturbable el alma
y en medio de sus lágrimas sonría;
ora la tempestad ruja sombría,
ora el iris de paz trille en la calma,
apoyado al timón espero el día.

  ¡Pobre de aquel que al recorrer la ruta
áspera que le marca el cruel Destino
del labio aparta la fatal cicuta,
y ceja en la mitad de su camino,
pálido el rostro, el alma irresoluta!
  ¡Oh, pecho sin valor!, mi fe te aliente;
a cada arpón que el hado hostil me envía

opone mi virtud su adarga fría;
¿no ves cuál llevo sin temor la frente
y apoyado al timón espero el día?

Para arrostrar del hado la esperanza,
tesoro es la virtud; con ella al hombro
por medio de las breñas y maleza
avanza con valor, sin que le asombre
la muerte amenazando su cabeza.
Ella del triste el ánimo levanta;
si indigno error su paso descarría
con luz de negro abismo lo desvía:
sigue mi escudo siendo, virtud santa,
que apoyado al timón espero el día.

Si espinas que añadir, hados tiranos,
tenéis a mi corona de tormento,
mi pecho descubrid, atad mis manos,
y al corazón desnudo que os presento
asestad vuestros dardos inhumanos.
Si fuerza es inventar uno tras otro
martirios más horrendos todavía,
vuestra cólera el alma desafía;
llevadme al ara, preparad el potro,
que apoyado al timón espero el día.

NOTA: Véanse apuntes biográficos en *La lira festiva*.

MIGUEL TEURBE Y TOLON

(1820)

Glosa popular

Anda, hijo, no te tardes;
toma el machete y la lanza;
vete a pelear por tu tierra,
y pon en Dios tu esperanza.

I

Ya se escucha en la sabana
del clarín ronco el sonido;
ya se alza todo el partido
por la libertad cubana.

Levanta esa frente ufana,
no temas, no te acobardes;
ese valor en que ardes
de tu padre herencia fué,
y así mismo te diré:
anda, hijo, no te tardes.

II

Patria y libertad espera
el que, queriendo ser hombre,
corre a que inscriban su nombre
en la cubana bandera.
El que peleando allí muera
gloria sin igual alcanza;
el valor y la pujanza
harán triunfar los cubanos;
y así, de mis propias manos,
toma el machete y la lanza.

III

Aunque soy madre y te quiero
como hijo de mis entrañas,

verte morir en campañas
a verte esclavo prefiero.
Pórtate como guerrero
a quien la muerte no aterra;
los peligros de la guerra
se han hecho para el que es hombre,
y si quieres tener nombre,
vete a pelear por tu tierra.

IV

Anda y pelea con valor,
que yo ruego a Dios por ti,
y no vuelvas más aquí
si no vuelves vencedor.
El que muere con honor
merece eterna alabanza;
así, pues, sereno avanza
frente a frente al enemigo,
mi bendición va contigo
y pon en Dios tu esperanza.

A mi madre

(Que me llama a Cuba con motivo de la amnistía dada por la reina de España en abril de 1854).

I

«¡Ven otra vez a mis brazos
—me dices con tierno anhelo;—
dale a mi alma este consuelo,
que la tengo hecha pedazos!
Muévante las ansias mías,
mi gemir y mi llorar,
y consuelo venme a dar,
hijo, en mis últimos días;
porque es terrible aflicción
pensar que en mi hora postrera

no pueda verte siquiera
y echarte mi bendición.»
—¡Ay, triste, y con qué agonía,
y con qué dolor tan hondo,
a tu súplica respondo
que no puedo, madre mía!
Que no puedo, que no quiero,
porque, entre deber y amor,
me enseñaste que el honor
ha de ser siempre primero;
y yo sé que mal cayera
tu bendición sobre mí,
si al decirte: «Veme aquí»,
sin honor te lo dijera.

II

Pisar mi cubano suelo
y oír murmurar sus brisas,
que son ecos de las risas
de los ángeles del cielo;
alredor de la ciudad
ver los grupos de palmares
cual falanges militares
de la patria libertad;
ver desde la loma el río,

sierpe de plata en el valle,
y entrar por la alegre calle,
donde estaba el hogar mío;
  pasar el umbral, y luego...
no encuentro frase que cuadre...
¡echarme en tus brazos, madre...
loco de placer y ciego!
  ¡Volver a tus brazos... ¡ay!,
para pintar gozo tanto,
ni pincel, ni arpa, ni canto,
ni nada pienso que hay!
  Porque hasta en mis sueños siento
tan inmenso ese placer,
que al fin me llego a poner
el corazón en tormento;
  y si expresártelo a ti
fuerza fuera, madre mía,
solamente Dios podría
decir lo que pasa en mí.

III

  Pero, ¡ay, madre!, que apenas
oiga tu voz que bendice,
oiré otra vez que maldice...
¡la voz de Cuba en cadenas!

Dolorosa voz de trueno
que gritará sin cesar:
«¡Cobarde, ven a brindar
con la sangre de mi seno!»
Y al ir a estrechar la mano
del hombre que en otro día
me respetaba y oía
como patriota y hermano,
sentiré aquel tacto frío
de la suya, que me dice,
que su corazón maldice
la debilidad del mío;
y cualquier dedo, el más vil,
contra mí alzarse podrá,
y con razón me dirá:
«¡Bienvenido a tu redil!»
Al verme en vergüenza tanta,
pobre apóstata cubano,
querrá el soberbio tirano
que vaya a besar su planta;
y ¿qué le responderé
cuando, insolente, me llame?
Menester será que exclame:
«¡Pequé, mi señor, pequé!»
Y dirá el vulgo grosero,
con carcajada insultante,
al pasar yo por delante:
«¡Ahí va un exfilibustero!»

Y habré de bajar la frente
sin poderle replicar,
porque tendré que tragar
su sarcasmo humildemente.
Esto no lo quieres, no;
lo sé bien, no lo querrías,
y tú misma me odiarías
a ser tan menguado yo.
. . . .

Mas pronto lucirá el sol
de mi Cuba, independiente,
hundiéndose oscuramente
el despotismo español;
y apenas raye ese día,
con amor y honor iré,
y «¡Aquí estoy ya!», te diré:
«¡Bendíceme, madre mía!»

NOTA: Véanse apuntes biográficos en *La lira festiva*.

RAFAEL MARIA MENDIVE

(1821)

Yumurí

Dos veces no más mis ojos
se fijaron en tus ondas
y desde entonces no puedo
apartar de la memoria
el espejo de tus aguas
ni la espuma con que mojas
de las flores de tu orilla
las perfumadas corolas;
ni la luz de las estrellas
que penetra hasta en las sombras
de tu seno oscuro y frío,
iluminando radiosas

el sepulcro donde encierras
las páginas de tu gloria.
A dondequiera que vuèlvo
mis ojos, miro tus ondas;
y del alma se me escapan,
en lucha atormentadora,
suspiros que, por ardientes,
no hay pecho que los recoja,
ni labio que los repita,
ni corazón que los oiga;
pues parece que con ellos
en comunión misteriosa,
con eléctrica centella,
que consume cuanto toca,
va el espíritu invisible
de seres que ausentes lloran,
y cuyas endechas tristes
han repetido sonoras
con sus arpas los poetas,
los árboles con sus hojas,
y con sus quejas las fuentes,
y con su voz las canoras
aves, que vuelan perdidas,
como visiones hermosas,
buscando en la soledad
dulce paz y grata sombra.

¡Yumurí! De tus arenas
yo bien sé la triste historia;
de tus aguas los suspiros
repítenla a todas horas,
y en vano será que el tiempo
con su mano tenebrosa,
pretenda borrar sucesos
que viven en la memoria;
sigue lento y sigue suave
en tu marcha silenciosa,
cristalino y fresco río,
y a los ecos no respondas
de las turbas que, en tus aguas
con alegres barcarolas
y al reflejo de la luna
en noches de mayo hermosas
invocar tan sólo saben
el nombre de la que adoran.
Ni te plazcan las plegarias
que, en tus márgenes, entona
con falsa voz la doncella
a quien los celos devoran,
y lamentando sus penas,
con lágrimas mentirosas,
tus claras aguas enturbia,
y tus recuerdos deshonra.
Repitan, sí, tus corrientes
las canciones melodiosas

del insigne Milanés,
que no canta, sino llora,
y al son del arpa se queja
con la «Fuga de la tórtola»;
y de «Codos en el puente»,
ve cruzar sobre las ondas
en la barca del progreso
las imágenes hermosas
de las ciencias y la industria,
de las artes y la historia.

De Tolón las melodías
repite también sonoras,
con la mágica ternura
y el almíbar que atesoran;
pues de amor es un poema
cada paso en que te nombra,
cada rasgo en que te pinta,
cada estrofa en que te llora.
Escucha, sí, los suspiros
melancólicos de Acosta;
los himnos que el triste Heredia
eleva en playas remotas,
inflamado por el fuego
de la patria y de la gloria;
y los cantares melifluos
y las dulcísimas trovas

de «Plácido», cuyos versos
destilan la miel sabrosa
de los esponjados lirios
y las blancas amapolas,
que en noches de abril y mayo
exhalan tan suave aroma.
Y arrullado por los ecos
de liras tan cadenciosas,
ahogando tristes recuerdos
desliza tus claras ondas,
cual resbalan, manso río,
por mi rostro gota a gota,
las lágrimas con que escribo
suspirando estas estrofas.

Una página del libro de la patria

¡Mueres proscrito, venerable anciano,
en tierra extraña, cuando esparce apenas
sobre el seno de abril con breve mano
primavera sus blancas azucenas!
¡Mueres, sin que el lamento
de tanto pecho libre,
cambie el profundo azul del firmamento,
ni haga que arpa del silencio vibre!

Cierras los ojos a la luz del día
cuando más bello y esplendente asoma
el sol de libertad, tras noche umbría
de bárbara opresión.—Cuando de Roma,
y Grecia, el no domado
valor, y el heroísmo,

en Cuba dan ejemplos al soldado
para espanto y horror del despotismo.

Tú eras español; meció tu cuna
el aura embalsamada, en la montaña
donde brilló más bella que en ninguna
otra región, la libertad de España;
y en brazos del Destino
te echaste mar afuera,
como arrojado, intrépido marino,
en busca de otro sol y otra ribera.

Llegaste a Cuba, náufrago; tu labio
mil veces me contó tan triste historia;
¡perdona si a tus manes hago agravio
trayendo tu recuerdo a mi memoria!
Y Cuba, generosa,
te proclamó su amigo,
te dió su albergue en noche tenebrosa,
y en él su lecho dividió contigo.
Si todos como tú, los que de España
vienen a Cuba, no conquistadores
fueran, que derramando van cizaña
donde tan sólo se apacentan flores,
América inocente
los brazos les abriera,

y en vez de maldecir eternamente
sus nombres, con amor los bendijera.

No fué tu mano, no, la que a la senda
fácil del robo, y no al trabajo, debe
la rica posesión de hermosa hacienda;
ni aquella que, por baja, no se atreve
a manejar espada
hiriendo frente a frente,
y asesina, cobarde, en emboscada
a la indefensa víctima inocente.

Ni fué tu noble mano, la enemiga
implacable serpiente, que traidora,
astuta muerde, y a la plebe instiga
al odio, a la matanza... ¡Asoladora
y repugnante plaga
de mercenarios viles,
que tan sólo la sed con sangre apaga,
como el cieno la sed de los reptiles!

¡Tintas están en sangre todavía,
y empapadas en lágrimas copiosas
las páginas que abrió la tiranía
en los campos de América! ¡Espantosas

noches de horror y duelo
a la asombrada tierra,
y a cuanto baña el mar y cubre el cielo,
la historia de sus crímenes encierra!

América, por fin, sacude osada
el yugo que satánico la oprime,
y tras lucha sangrienta, alborozada,
entona de los héroes el sublime
hosanna sacrosanto;
corona a vencedores,
liberta a esclavos, y el acerbo llanto
enjuga de sus mártires con flores.

Pero, Cuba... la perla de los mares,
la esclava del placer, adormecida
al rumor de sus índicos palmares;
viviendo de una vida, que no es vida,
sino la muerte horrible
de un pueblo sibarita;
Cuba también levántase terrible,
y —«¡Fuera España!», belicosa grita.

Aquella juventud afeminada,
la que fué de parásitos serviles

ejemplo corruptor;—la ruda espada
ved cómo esgrime, y de peligros miles
cercada en monte y sierra,
a la muerte se lanza
a sangre y fuego en espantosa guerra,
y el premio, al fin, de su denuedo alcanza.

Con sangre sólo lavará su afrenta
el pueblo que con sangre se aprisiona,
y ya Cuba sus mártires presenta
ceñidos de laurel.—Ya el himno entona
que todo pueblo libre
enérgico levanta,
y a cuya voz no hay pecho que no vibre,
ni olvide a Dios, entre grandeza tanta.

¿Y la España...? Esa España que va atada
al carro del procónsul Valmaseda;
la España que en puñal trocó su espada
y puso a la justicia en almoneda;
la que de Cuba hizo
inagotable fuente
de muerte, para el pobre advenedizo,
de infamia, para el déspota insolente.

¿Cuál es, ¡ay!, el valor, el heroísmo,
que opone, a tal constancia, en la pelea?
¿Será de sangre el insondable abismo,
en cuyo fondo la execrable tea
de la discordia atiza
el español tirano,
y a cuya luz su crimen solemniza,
nuevo Caín del mundo americano?

Nuevo Caín, feroz y carnicero,
a los medrosos niños asesina,
¡y a las madres también...! Su ardor guerrero
sordo a la voz de la piedad divina,
es el furor infame
del hijo del desierto;
es más... es tigre que acaricia, y lame
la víctima, ¡después de haberla muerto!

Y qué; la Humanidad ¿no se estremece
ante tanto dolor e infamia tanta?
¿La libertad de América enmudece?
¿Sucumbe Cuba hollada por la planta
de un torpe tiranuelo,
de gente mercenaria...?
¡No!—¡que ya brilla en el azul del cielo
espléndida la estrella solitaria!

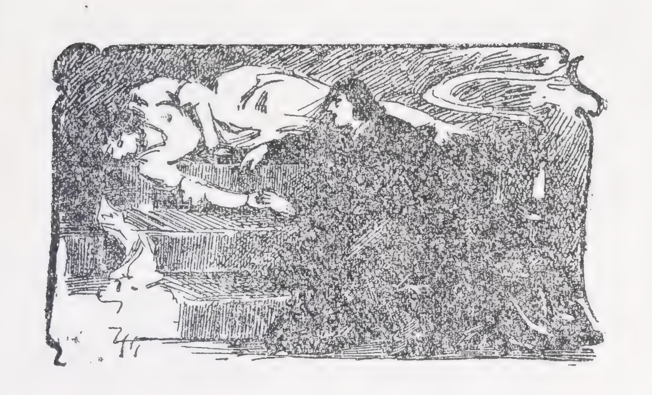
¡Cobarde habrá de ser quien no la vea,
maldecido será quien la reniegue,
o réprobos a quienes con su tea,
la venganza al oprobio los entregue,
y en mar de sangre y fuego
necrópolis sombría,
miren la patria arder, sin que su ruego
oiga la patria en tan tremendo día!

¡Oh, patria de mi amor! Si con mi lira
rayos al cielo arrebatar pudiera,
llegara a Dios el estro que me inspira,
y Dios el numen de mis cantos fuera.
Mas, ¡ay!, ¡que airado truena
en Cuba el bronce fuerte,
y los pueblos no rompen su cadena,
sino arrostrando impávidos la muerte!

Enmudece mi lira, pero llora
mi pobre corazón; mortal tristeza
mi fatigado espíritu atesora,
y ante el dolor inclino mi cabeza;
¡dolor, dolor profundo,
providencial herida
por cuya puerta penetró en el mundo
ese misterio que se llama vida!

¡Silencio!—Adiós; no turbe mi lamento
la paz incomprensible en que reposas;
ni se mezcle mi voz, a las que el viento,
plegarias de los sauces misteriosas,
levanta a las estrellas
llorando el desterrado;
y Dios acoja con placer en ellas
el amor que a mi patria has inspirado.

NOTA: Véanse datos biográficos en *Musas ligeras*.



PEDRO ANTONIO SANTACILIA

(1826)

A las armas

I

¡A las armas, hermanos, volemos,
el momento llegó de la lucha,
ya la voz de la patria se escucha
que resuelta nos llama a pelear!
¡A las armas! Llegó ya el instante
de romper la ominosa cadena;
es preciso lanzarse a la arena,
es preciso morir o triunfar.

II

Harto tiempo del déspota íbero
toleramos pacientes el yugo,
harto tiempo del fiero verdugo
soportamos la cruel opresión;
ya es preciso seguir el impulso
que la Europa nos da decidida,
tremolando con mano atrevida
de los libres el noble pendón.

III

No el temor de morir os arredre,
ni el momento glorioso retarde,
tema sólo quien vil y cobarde
cual esclavo prefiere vivir;
si es preciso morir en la lucha,
moriremos con fe en la victoria,
compraremos con sangre la gloria,
siempre es bello luchando morir.

IV

No el cadalso miréis espantados,
que el cadalso en altar se convierte
para el mártir que arrostra la muerte
a su patria queriendo salvar;
despreciad al verdugo insolente
aunque el hacha fatídica vibre,
porque el pueblo que quiere ser libre,
si ha de serlo, no debe temblar.

V

A las armas, hermanos, volemos,
el momento llegó del combate;
¿no sentís en el pecho que late
la conciencia que os marca un deber?
¿No escucháis esta voz sacrosanta
que morir por la patria os ordena?
Es preciso lanzarse a la arena,
es preciso morir o vencer.

VI

Que jamás la discordia temible
los designios magnánimos tuerza,
si la unión constituye la fuerza,
como hermanos, unidos, pelead;
de la guerra civil los horrores
nunca manchen al suelo cubano;
pues la causa es común, al tirano
odio eterno por siempre jurad.

VII

Recordad a los pueblos que un día
cual vosotros el yugo sufrieron,
y ese yugo feroz sacudieron
cuando unidos quisieron pelear.
Desafiad la opresión sin espanto,
alentad con valor la esperanza,
y en el bélico ardor, la matanza
sin piedad y sin tregua empezad.

VIII

¡A las armas, hermanos, volemos,
el momento llegó de la lucha,
ya la voz de la patria se escucha
que resuelta nos llama a pelear!
¡A las armas! Llegó ya el instante
de romper la ominosa cadena,
es preciso lanzarse a la arena,
es preciso morir o triunfar.

NOTA: Véanse notas biográficas en *La lira festiva.*

JOSE FORNARIS LUQUE

(1827)

Mi vuelta a Cuba

Al fin te vuelvo a ver ¡oh, Cuba mía!,
y respiro los aires perfumados
que tu floresta virginal me envía.
Veloz la nave corre,
y a ver alcanzan ávidos mis ojos
la cumbre, el templo, la distante torre.
Tras gigante atalaya,
el puerto miro ya, y oigo las olas
con estruendo rompiéndose en la playa.
Prende en el fondo el ancla corva punta,
y al rápido rodar de la cadena,
mi corazón palpita estremecido.

Esa barca que viene presurosa,
conduce a mi familia. El tierno grupo
en la popa, bellísimo, resalta;
el viento los impele y presto llegan;
éste me besa, aquél me abraza... alegre,
un mísero africano
me tiende ansioso la callosa mano,
y mi Tula gentil, fruto primero
de un amor acendrado, tiembla y gime;
convulsiva solloza,
y al corazón, extática, me oprime.
¡Oh, Cuba! Vuelvo a ti sumido en llanto,
y como tú infeliz. Soñé contigo
al ir de pueblo en pueblo moribundo
por los senderos ásperos del mundo,
sin dulce hogar ni cariñoso amigo.
Con su garra el pesar marcó mi frente,
mas nunca te olvidé. Soy el poeta
que inspirado canté, con tierna lira,
de tu raza aborigen la historia,
el dulce amor de tus beldades castas
y al fuerte campesino que domeña
entre las zarzas y la inculta breña,
al bravo toro de tremendas astas.
El que admiré de humilde ribereña
el sencillo cendal, la simple toca,
el palpitar del pudoroso seno,
la blanda risa de la virgen boca.

El que he pintado al indomable potro
de crin copiosa y casco reluciente;
al fiero can que el cazador azuza,
y al jabalí, que con rencor aguza
el doble filo de acerado diente.
Todo lo reconozco; desde el monte
que a las nubes magnífico se encumbra,
coronado de cedros, al arroyo
que, susurrando armónico, se pierde
en el confín de la alameda verde.
En el misterio de tus noches tristes
aun mi espíritu flota; aquí suspira,
en estas aguas, con la tibia luna,
que pálida argentea,
o va con el relámpago de fuego
que en medio del espacio centellea.
Van aquí mis recuerdos adorados
prendidos de la flor de las naranjas
o en el limón silvestre y oloroso,
que tiñe el sol con amarillas franjas.
Siento sombras amigas
que pasan silenciosas por las selvas,
moviendo lentamente las espigas,
y más allá contemplo,
bajo la arcada del hermoso templo,
a mi esposa temblando de alegría,
cual de su boda en el dichoso día.
Mas, cámbiase la escena,

y oigo elevarse cantos funerales
y convertirse en lúgubres blandones
las antorchas nupciales.
Aquí se acerca el coro de poetas,
amigos de mi infancia. Ese a Polonia
entona un himno con ardiente saña;
éste llora a Fidelia al dulce rayo
de triste luna que su losa baña;
aquél corona a Marte; en la colina,
en la playa, en el mar, en el otero,
vive y palpita mi pasado entero.
El ave sola que un gemido exhala,
tiernísima memoria en mí despierta
al sacudir el ala;
el céfiro que cruza en vagos giros
me dice, en grato idioma, que otras veces
recogió susurrando mis suspiros.
Al rumor de los sauces que se agitan
por saludarme al retornar a Cuba,
mil seres adorados resucitan.
Llega entre ellos mi madre, y cariñosa
me reconoce y besa con ternura,
y a pesar de su pálido semblante,
su débil voz, su paso vacilante,
está llena de amor y de hermosura.
Todo está como ayer. Oigo el tañido
de la campana mística que toca
la cristiana oración. Allí la iglesia

se eleva con el tosco campanario
y escucho el santo rezo
de toda mi familia arrodillada
ante el altar. Las límpidas corrientes
oigo del patrio río,
y la hilera de pinos florecientes
aun a la entrada está del hogar mío.
De aquel hogar que entre el fragante ramo
del mango en flor modesto se escondía,
y por el sol dorado relucía
al borde de las aguas del Bayamo.
Aquí corrí por la espaciosa vega,
festonada de rústica verdura,
o tendido en el césped, la mirada
espacié con placer por la llanura.
Aquí, en dulce embeleso,
se abrieron a la par, por vez primera,
mi espíritu al amor, mi labio al beso.
Aquí vibró la simple melodía
de mi primer idilio,
bajo bóveda azul y al aire libre,
como en las ondas del famoso Tibre
el blando son del arpa de Virgilio.

Errante y sin amor me vió la tierra;
el Sena, el Rhin, el Ródano, el Gironda,
del San Gotardo la nevada sierra,

y el Monte Blanco de la frente blonda.
La cúspide pisé del Apenino,
donde el águila apresta garra aleve,
y la virgen montaña de Interlaken
con su manto limpísimo de nieve.
Vi, entre lagos y flores, extendidos
los frescos valles de la antigua Helvecia,
y radiantes basílicas de mármol
en Génova y Milán, Roma y Venecia.
Mas no pude olvidarte, hermosa Cuba;
siempre mis ojos con amor volvía,
entre tanta riqueza, al Occidente;
y así, como tras gasa trasparente,
a través de los aires te veía.
Por encima del rico mausoleo
del minarete moro,
de la torre ojival, del alto muro,
miraba, ¡oh, Cuba!, tus campiñas de oro
sobre el caribe mar. Si tú no ostentas
góticas catedrales,
tus montes son mis templos, y tus cumbres
mis torres de marfil y arcos triunfales.
¡Al fin te vuelvo a ver! Mas ¡qué vacío
siento en mi corazón! Fueron mis años
rubias mieses que seca un soplo frío.
¿Dónde aquel delirar libre de penas,
en que ceñir mi sien imaginaba
con un lauro inmortal, y me soñaba

Horacio en Roma, Píndaro en Atenas?
¿Dónde la grata y misteriosa cita
en oculto jardín, y el tembloroso
beso robado a la inocente virgen
que con delirio amé..., y aquellas noches
de loco Carnaval, en que traidora
en vivo afán me sorprendió la aurora,
al compás fascinante
de la música dulce y tentadora?
¿Dónde están las campestres correrías
por las tortuosas, florecientes calles
de los cubanos valles?
¿Dónde aquel escalar con pie seguro
por el vecino, reforzado muro?
¿Dónde aquel recorrer fértiles costas
que besa el mar azul, y en las arenas,
calientes todavía,
buscar, con jubilosa vocería,
la frágil concha de encarnadas venas...?
¿Y aquel bogar en índicas piraguas,
entre un coro de vírgenes hermosas,
como nacientes rosas,
y más frescas y limpias que las aguas?

Todo ha pasado, y mi ánimo sombrío
ve mis campos desiertos,
seca y talada mi natal orilla,

mi hogar en tierra y mis amigos muertos.
¡Oh, tierra de mi amor...! ¡Oh, cara Cuba,
al fin te vuelvo a ver...! No vengo ansioso,
soñando conquistar ínclitas palmas,
sino a verter mi lágrima postrera,
y a suspirar con las sensibles almas.
¡Vengo a morir al pueblo en que he nacido,
al calor de mi patria y mi familia,
entre estas galas y risueñas flores,
que de perfumes y de luz llenaron
mis primeros amores,
que admiré en mi niñez, que canté adulto,
que enjugaron mis lágrimas, y han sido
toda mi admiración, todo mi culto!
Como el indio de América salvaje,
sepulcro quiero yo bajo el follaje
de ceiba secular, donde retumba
el Bayamo, y copioso se derrama;
do el sol con viva llama
calentará mis restos en la tumba.

NOTA: Apuntes biográficos en *Los mejores sonetos*.

JOSE AGUSTIN QUINTERO

(1830)

Adelante

Dios le dijo a la luz con voz sonora:
¡adelante, adelante!
movió el tiempo su rueda giradora,
y un sol tras otro sol, y hora tras hora,
su marcha comenzaron incesante.
Los arroyos, los ríos y las fuentes,
con eco murmurante,
desataron sus límpidas corrientes,
y las nubes y vientos prepotentes
gritaron: —¡Adelante!

Al ánima del hombre el mismo acento
le dijo resonante:
Corta el altivo cedro corpulento,
doma del mar el ímpetu del viento.
¡Adelante! ¡Adelante!

Ve, saca el mármol y con noble anhelo
toma el cincel cortante...
Cúpulas y columnas, desde el suelo
alzáronse soberbias hasta el cielo.
¡Adelante! ¡Adelante!

Del cometa la marcha misteriosa
ve y descubre constante.
Arrebata a la nube tenebrosa
el rayo de explosión estrepitosa.
¡Adelante! ¡Adelante!

El hombre oyó la celestial llamada
de emoción palpitante;
y en base inmensa la dejó grabada
con dócil pluma o vengadora espada.
¡Adelante! ¡Adelante!

Los sabios en las aulas proclamaron
el principio triunfante;
la razón y la gloria se hermanaron,
y las artes y ciencias exclamaron:
¡Adelante! ¡Adelante!

Despierta, ¡oh, Cuba! Tras tormenta fiera
asoma el sol radiante.
¡Esperanza y valor! Oprobio fuera
no llevar por divisa en tu bandera:
¡Adelante! ¡Adelante!

NOTA: Véanse datos biográficos en *La lira festiva*.

URSULA CESPEDES DE ESCANAVERINO

(1832)

Despedida a Villa-Clara

Flor venturosa del vergel cubano,
do la Natura su esplendor derrama,
Villa-Clara es tu nombre, y el poblado
Madre del bien y de la luz te llama.
Voy a partir, porque el Destino amigo,
feliz me impele a la natal ribera,
y ¡adiós por siempre! con dolor te digo
al contemplarte por la vez postrera.
Cruel adiós que mi labio ha pronunciado,
ya muchas veces vacilante y triste,
adiós que deja el corazón helado
y de luto y dolor la frente viste.

Pero es fuerza dejar mi despedida,
pues es probable que no vuelva a verte,
porque me ofusque con su luz la vida,
porque de sombras me rodee la muerte.
. . . .

Cuando mi loco y exaltado acento
resonó en tus riberas y en tus prados,
tétrico y sordo lamentaba el viento
el perdido verdor de los collados.
Halagaban mi ardiente fantasía
dulces recuerdos del hogar paterno,
inundada en letal melancolía
a esas ráfagas tristes del invierno.
Ahora que dejo tu vergel lozano
y como un ave a mi ribera vuelo,
a los truenos primeros del verano
recordaré tu hospitalario suelo.
¡Eres tú tan hermosa, Villa-Clara!
¡Tienes tanta bondad y te amo tanto!,
que por verte otra vez vuelvo la cara
y me alejo de ti bañada en llanto.
Ahí te quedan mis dulces afecciones,
mis postreros ensueños sonrosados,
ahí te quedan mis blancas ilusiones
como niebla flotando en los collados.
Ahí te queda, aunque tú nada me pides.
un canto henchido de dolor profundo;

adiós, pues, Villa-Clara, y no me olvides,
y que al menos tu amor tenga en el mundo.
No hallaré otro «Capiro»» con orgullo
levantando tres frentes verdegay;
no hallaré un «cerro calvo» como el tuyo
ni otro rico y espléndido «Escambray».
Mas el recuerdo de tu suelo indiano
lo hallará por doquier mi afecto tierno,
ya en los truenos primeros del verano,
ya en los últimos soplos del invierno.



NOTA: Apuntaciones biográficas en *Del vergel lírico.*

LUISA PEREZ DE ZAMBRANA

(1837

A Cuba

Cuando sobre el espacio cristalino
desplegó como un pájaro marino
sus alas mi bajel;
cuando vi en lontananza y perdidas
las montañas, las lomas tan queridas,
que me vieron nacer;
cuando llorando vi del mar salobre
las sierras melancólicas del Cobre
sus frentes ocultar;
con aflicción profunda y penetrante
me cubrí con las manos el semblante
y prorrumpí a llorar.

¡Ay! Porque ¿cómo ha de olvidar mi anhelo
que fueron esa tierra y ese cielo
los que primero vi?
¿Cómo olvidar que en ese suelo mismo
el santo sacramento del bautismo
dichosa recibí?
¿Y que en su augusta catedral, cristianas,
hicimos con fervor yo y mis hermanas
la primer comunión?
¿Cómo olvidar sus bóvedas sencillas
donde oí tantas veces de rodillas
la palabra de Dios?
¿Y el temple melancólico y lejano
donde siempre mi madre de la mano
me llevaba a rezar?
¿Cómo olvidar que esos altares fueron
también los que sagrados me pusieron
la corona nupcial?
¿Y cómo, cómo olvidará mi pecho
los pobres muebles y el hogar estrecho
en donde me crié;
y en serenas venturas o en quebranto
¡ay!, la pequeña choza donde tanto
a mi padre lloré?
¡Oh, Cuba! Si en mi pecho se apagara
tan sagrada ternura, y olvidara
esta historia de amor,
hasta el don de sentir me negaría,

pues quien no ama a la patria ¡oh, Cuba mía!
no tiene corazón.
Pero, ¿cómo es que tú adorado suelo,
y tu risueño y luminoso cielo
he podido dejar?
Y, ¿cómo, Cuba, en tu horizonte umbrío
esconderse tu blanco caserío
he podido mirar?
Nunca lo olvidaré; la mar gemía
y a través de mis lágrimas veía
sus aguas ondular.
Era la hora en que la flor se cierra
y en que el inmenso templo de la tierra
devoto empieza a orar;
la hora en que la estrella vespertina
asoma por detrás de la colina
con triste lentitud.
De mi pesar y mi dolor testigos,
me cercaron entonces mis amigos
en tierna multitud.
La tierra, el sol y el cielo parecían
que en dolientes miradas me decían
su callado dolor.
Por fin surcó el bajel el Oceano
y cerrando los ojos, con la mano
les di mi último adiós.
Pero cuando el semblante doloroso

abatida volví, querido esposo,
a mi lado te hallé.
Te hallé a mi lado conmovido y tierno,
que me jurabas con tu amor eterno,
santa y solemne fe.
Y las lágrimas tiernas y dolientes
quedaron en mis párpados pendientes
al escuchar tu voz.
Y aunque soñando con mi patria hermosa,
hasta la tuya vine cariñosa,
pensando en ti y en Dios.
Yo amo tus campos verdes y sombríos
porque los amas tú, pero los míos,
no, no puedo olvidar.
Yo amo a tu pueblo, sí, pero quisiera
llevarte de la mano placentera
cada rato a mi hogar,
y enseñarte mis flores y mi río,
y las hierbas brillantes de rocío
que tanto pisé allí.
Yo quisiera decirte: «En esta loma
el tímido volar de una paloma
muchas veces seguí».
Yo quisiera decirte: «En estos nidos,
los pajaritos mansos y dormidos
con las hojas tapé,
y en este lago silencioso y bello,

a ponerme una flor en el cabello
risueña me incliné».
Y decirte con cándida alegría:
«Este es el llano verde en que corría
con la cabeza al sol;
y aquél el corderito tan querido
que la tierna cabeza en mi vestido
mil veces enredó».
Que allí todo es amor, todo es alianza,
y todo un himno puro de alabanza
eleva al Sumo Bien.
Y en esos bosques, llenos de armonías,
no se escuchan jamás filosofías
que hagan entristecer.
¡Oh, Cuba! Si en mi pecho se apagara
tan sagrada ternura y olvidara
esta historia de amor,
yo hasta el don de sentir me negaría,
pues quien no ama a la patria, ¡oh, Cuba mía!
no tiene corazón.

NOTA: Véanse notas biográficas en *La lira festiva.*

SATURNINO MARTINEZ

(1840)

A Cuba

(Fragmento)

Primera vez que te consagro un canto,
joya de mi nación, que el alma mía
en su recinto de tristeza oculta
siempre un desierto fué, donde el Destino
sólo las zarzas de un pesar sin nombre
a su paso sembró; nunca en su espacio
el astro fulguró de la alegría;
y si a despecho del adusto invierno
alguna flor encantadora y bella

brotó de su estación, siempre con ella
la lágrima enjugué que eterna corre
por la mejilla, que el pesar deslustra,
de la doliente Humanidad; mi lira
jamás un himno moduló a tu encanto,
pues aunque el numen de tu amor me inspira,
siempre mi pecho tu grandeza admira
¡ay!, a través de su doliente llanto.

Hoy, empero, también trémula lloras,
y tu seno desgarra el cierzo impío
de la fatalidad. ¿Qué aciaga nube
desborda sobre ti lluvia de escarcha
que asolando tus fértiles campiñas
extirpa de raíz el germen rico
de tu fecunda producción?—¿Qué mano
en las fraguas del mal encandecida
bárbara el pecho de tus hijos quema
secando en ellos la sublime fuente
del sentimiento nacional?—¿En dónde
la sensibilidad celeste y pura
de la belleza tropical se esconde
que al grito de la patria no responde
con el intenso amor de su ternura?
¿Quién ha deshecho con su mano dura
el franco porte y generoso halago
que en no lejano y venturoso día,

ajenos todos al común estrago,
en la plaza social se descubría?
¿Quién el vínculo ha roto de ventura
y de fraternidad que nos unía?
¡Execración! ¡Los mismos que en mal hora.
el Poder con su sombra protegía,
han blandido la espada vengadora
para arrancar del corazón que llora
la noble antorcha que en su seno ardía!

¡Hubiera, al menos, prorrumpido en quejas
el pueblo adolorido...!
mas el pueblo trabaja y no interrumpe
la grave marcha con que van los tiempos
hacia la eternidad; él no se arroja
en ese mar de enfurecido seno
que en tumbos brama y desbordado absorbe
la luz de la razón; dócil y honrado,
el pueblo siempre con robusta fuerza
el hombro aplica a la columna de oro
del templo de la paz; en él en vano
busca un apoyo a su feroz palanca
la bárbara ambición; que no en tinieblas
yace su innata percepción oculta,
ni su sensato corazón palpita,
fiel y obediente al tentador resorte
de la astuta maldad; en onda errante

gira a merced del torbellino inmenso
por donde va la Humanidad lanzada
a su consumación; mas no se abisma
del negro error en la funesta sombra,
ni corre audaz tras el fantasma negro
del oscuro poder. Vedle sumiso
doblar el cuello—que no inclina el oro—
de sus deberes al honroso yugo,
y respirar el apacible ambiente
del doméstico hogar. En vano rugen,
cual tempestades que el averno engendra,
las negras luchas que bramando atizan
el odio y el rencor; siempre indomable
su marcha sigue, lamentando a solas
tanta nube agolpada en el espacio,
tanto rayo de sol perdido en ellas,
y tan triste gota de amargura
marcando en torno sus dolientes huellas,
que parece que extienden las estrellas
mantos de desconsuelo en la llanura.

NOTA: Véanse apuntes biográficos en *Musas ligeras*.

AURELIA CASTILLO DE GONZALEZ

(1842)

A los emigrados de Key West

(En memoria de Martí)

Vosotros fuisteis la fe,
vosotros el ardimiento.
El os infundió su aliento,
él os dijo: —Moriré
por daros la libertad.—
Y acá, en la patria querida,
inmoló su hermosa vida
con sublime heroicidad.

Su sangre bebió esta tierra
y ha de dar frutos de amor.
¿Odiar? Tan sólo la guerra.
¿Adorar? Siempre el honor.
Allá va nuestro bajel
a llevaros un saludo.
Aclamad a aquel que pudo
ceñir a Cuba el laurel.
A aquel, que ardiente y veloz,
mientras ella agonizaba,
por todas partes llevaba
la redención en su voz...
Hay un voto que cumplir
ante aquella Sombra austera:
«Una flor y una bandera»,
pidió tan sólo al morir.
Voto que retrata a aquel
que hoy sobre vosotros flota;
voto de niño y patriota,
de guerrero y de doncel.
Ninguno lo niegue audaz.
Ganad de buenos la palma.
Llevadle una flor: ¡el alma!
y una bandera: ¡la paz!

NOTA: Véanse notas biográficas en el tomo: *Del vergel lírico.*

JOSE JOAQUIN PALMA

(1844)

Coplas

Sobre la cubierta a solas;
bajo un cielo ceniciento
sin estrellas;
y al susurrar de las olas,
doy a las alas del viento
mis querellas.

Con rumbo a Cuba, la nave
rompe las olas pujantes,
triunfadora;

flota el humo, grita el ave,
y se abren blondas brillantes
en la prora.

Polvareda alabastrina
de las espumas sutiles
rauda vuela,
y luce ancha serpentina
de vaporosos perfiles
en la estela.

El alba nace y blanquea
el Oriente dilatado
con luz poca,
y aun el faro parpadea
cual cíclope encadenado
a una roca.

Allí está Cuba arrullada
por los vientos cadenciosos
y los mares;
mal prendida y mal velada
en encajes vaporosos
y alamares...

Ya se enciende, ya despierta;
ya la viste el sol, su amante,
de colores;
ya no hay flor que no esté abierta,
ni avecilla que no cante
sus amores.

Bajo los verdes follajes,
vierte linfa regalada
blandas quejas,
y en los nectarios salvajes
beben su miel perfumada
las abejas.

Todo es vida, luz y aromas;
aparecen los palmares
en las faldas
de las más distantes lomas,
como flotantes collares
de esmeraldas.

Vivir en esas campiñas
y gozar la dicha extrema
de sus dones,

que dan en mieles sus piñas,
y en blanca y cuajada crema
sus anones;

y sentir el fresco oreo
en el extenso plantío
floreciente,
y el lánguido rumoreo
que forma rodando el río
blandamente;

vivir así en un ambiente
de aves, flores y armonías,
fué mi anhelo,
fué mi anhelo más ardiente,
cuando pasaba los días
entre el hielo.

¡Salve, oh, Cuba!, la opulenta;
tú, mi pasión más querida
y más alta;
deja que mi alma sedienta
beba en tu seno la vida
que me falta.

Y ya que cercana zumba
la voz de la muerte helada,
te reclamo,
sólo un sauce y una tumba,
cabe la orilla sagrada
de Bayamo.

NOTA: Véanse datos biográficos en *La lira festiva*.

ESTEBAN BORRERO ECHEVARRIA

(1849)

Camagüey

¡Oh, Camagüey hermoso!
asilo venturoso
do entre luz y armonías
mi cuna se meció;
tu nombre, tan querido,
vibra como un gemido
de infinita tristeza
dentro del corazón.

Deja que en dulce llanto
bañe el recuerdo santo

de aquella historia íntima
que a ti mi vida unió;
¡Son tan dulces los lazos
que en estrechos abrazos
unen al sér que siente
al suelo en que nació!

Deja en la altiva nave
su perfume süave
sólo un grano de incienso
que ante el altar humeó,
y el alma generosa
su esencia más preciosa
en el lugar primero
donde feliz vivió.

Tus bosques seculares,
tus índicos palmares
guardan aún las notas
de mi primer canción;
tus perfumadas brisas
el eco de mis risas,
mezclan tus rüidos
al plácido rumor.

Guardan impenetrables
tus selvas venerables
su virgen vestidura,
su prístino matiz;
y vagan quejumbrosas
en la sombra, medrosas,
los manes del indígena,
tu habitador feliz.

Yo escuché su lamento;
curioso movimiento
a la entraña recóndita
del bosque me llevó,
y como en templo augusto,
santo fervor y susto
entre sus sombras lóbregas
mi sér sobrecogió.

De niño, en tu llanura
de perenne verdura,
tranquilo jugueteando,
llena el alma de luz,
miré tus horizontes
y tus erguidos montes
al lejos confundirse
entre tu cielo azul.

No hay un lugar siquiera
de bosque o de pradera,
augusto o apacible,
que ignore yo de ti;
aun resuena en mi alma
el rumor de tu palma
que con el viento en íntimos
coloquios sorprendí.

Tu serena mañana
con sus nubes de grana,
tu tarde melancólica,
tu arroyo bullidor,
dieron al alma mía
sus luces, su armonía,
a mi espíritu aliento,
a mi garganta voz.

Fuí nutrido a tu seno,
de rica savia lleno,
a mí, como a tus bosques,
tu vida alimentó;
de tu savia la esencia
en rítmica cadencia
en mis arterias late
como en tu cedro en flor.

¡Oh, no con tanto anhelo
el niño ternezuelo
al maternal regazo
tiende, como a ti yo!
¡Cuántas veces, soñando,
ensueño dulce y blando
por misteriosas sendas
hasta ti me llevó!

Patria de mis mayores:
de tu sol los fulgores
alumbraron los días
de mi grata niñez.
¡Oh, Camagüey amado,
que no me niegue el hado
calentarme a tus fuegos
en mi fría vejez!

NOTA: Apuntaciones biográficas en *Poesías amatorias*.

JOSE MARTI

(1853)

Yugo y estrella

Cuando nací, sin sol, mi madre dijo:
—«Flor de mi seno, Homagno generoso,
de mí y de la Creación suma y reflejo,
pez que en ave y corcel y en hombre se torna,
mira estas dos, que con dolor te brindo,
insignias de la vida: ve y escoge.
Este es un yugo: quien lo acepta, goza.
Hace de manso buey, y como presta
servicio a los señores, duerme en paja
caliente y tiene rica y ancha avena.
Esta, ¡oh, misterio!, que de mí naciste
cual la cumbre nació de la montaña,

ésta, que alumbra y mata, es una estrella.
Como que riega luz, los pecadores
huyen de quien la lleva, y en la vida,
cual un monstruo de crímenes cargado,
todo el que lleva luz se queda solo.
Pero el hombre que al buey sin pena imita,
buey torna a ser, y en apagado bruto
la escala universal de nuevo empieza.
¡El que la estrella sin temor se ciñe,
como que crea, crece!
Cuando el mundo
de su copa el licor vació ya el vivo,
cuando para manjar de la sangrienta
fiesta humana, sacó contento y grave
su propio corazón, cuando a los vientos
de Norte y Sur vertió su voz sagrada,
la estrella, como un manto, en luz lo envuelve,
se enciende como a fiesta, el aire claro,
y el vivo que a vivir no tuvo miedo,
se oye que un paso más sube en la sombra».

—Dame el yugo, oh, mi madre, de manera
que puesto en él de pie, luzca en mi frente
mejor, la estrella que ilumina y mata.

Para Aragón

Para Aragón, en España,
tengo yo en mi corazón
un lugar todo Aragón,
franco, fiero, fiel, sin saña.

Si quiere un tonto saber
por qué lo tengo, le digo
que allí tuve un buen amigo,
que allí quise a una mujer.

Allá, en la vega florida,
la de la heroica defensa,

por mantener lo que piensa
juega la gente la vida.

Y si un alcalde lo aprieta
o lo enoja un rey cazurro,
calza la manta el baturro,
y muere con su escopeta.

Quiero a la tierra amarilla
que baña el Ebro lodoso,
quiero el Pilar azuloso
de Lanuza y de Padilla.

Estimo a quien de un revés
echa por tierra a un tirano;
lo estimo, si es un cubano;
lo estimo, si aragonés.

Amo los patios sombríos
con escaleras bordadas;
amo las naves calladas
y los conventos vacíos.

Amo la tierra florida,
musulmana o española,
donde rompió su corola
la poca flor de mi vida.



NOTA: Véanse apuntes biográficos en *Musas ligeras*.

BONIFACIO BYRNE

(1861)

El regreso

¡Mirad! Allá vienen
rotos y descalzos,
como unos mendigos
cubiertos de harapos,
los que ayer se marcharon contentos,
tenaces y firmes,
¡a luchar por su patria en los campos!

Ahí vienen. Algunos
enfermos y pálidos,
los ojos febriles
y secos los labios.

De la heroica legión faltan muchos
que yacen dormidos,
¡para siempre, allá abajo, allá abajo!

Esos que retornan
reciben al paso
cascadas de flores,
coronas y lauros.
Para verlos, mil jóvenes bellas
salieron del lecho
¡como sale la aurora, temprano!

Repican, repican
en el campanario:
¡qué azul está el cielo!;
el aire, ¡qué diáfano!
¡Se refleja el placer en los rostros
y en todas las almas
hay un mundo de amor y entusiasmo!

Durante el desfile
de nuestros soldados,
hay fiesta en la calle,
hay fiesta en los barrios;
¡y hasta el polvo parece orgulloso

mostrando la huella
que le imprime la hueste a su paso!

Esos combatientes
que todos miramos,
para gloria nuestra
son nuestros hermanos.
¡Hambre y sed han sufrido en los montes,
y con sangre suya
abonados están nuestros campos!

Su lecho era el suelo,
su abrigo era el árbol;
la lluvia inclemente,
cayendo, mojábalos...
¡Y la heroica legión sonreía,
pensando en la patria,
por la cual se encontraba luchando!

Estaban muy lejos
del hogar amado;
lejos de la novia,
de quien se apartaron,
cómo en noches de viento y borrasca,

de la playa amiga
mar adentro se alejan los barcos...

¡Apenas dormían!
Nosotros, en tanto,
en cómodo lecho
seguros estábamos.
¡El instinto del pueblo es muy noble
cuando así festeja
a esos buenos y dignos muchachos!

¿Serán hoy felices
los pobres soldados
que el pueblo recibe
con música y cantos?
No lo son, porque piensan los pobres
en sus camaradas:
¡los que duermen por siempre, allá abajo!

NOTA: Véanse apuntaciones biográficas en *Poesías amatorias*.



MANUEL SERAFIN PICHARDO

(1868)

Canto a Villaclara

I

Villaclara: años hace, sobre la misma escena,
en fiesta centenaria, de regocijos plena,
verde rama ceñiste a mi atrevida sien;
fué como la promesa que me anunció la justa,
y hoy, doble y agrandada por tu bondad augusta,
es la rama, corona triunfante de laurel.

II

Y no es para mi frente; lo sé; razón aleguen
las turbas agoreras que tu lisonja nieguen;
hiciste de un destello, hiperbólico sol;
porque sabes que he sido de tu culto un cruzado;
porque sabes que, ausente, he sufrido y luchado,
y bálsamo demandan mi esfuerzo y mi dolor.

III

Mi oscurecido nombre salió de tus palmares
y osó llegar más lejos, por los latinos mares;
halagadoras dádivas viniéronme de allá,
mas ninguna esplendente cual tu ofrenda sagrada,
tan enorme, que temo que, por tu amor cegada,
contradigas, y aun retes, a la Posteridad.

IV

Las doradas rosetas, precoz, me sedujeron;
no el áureo caduceo ni el arnés me atrajeron;
amé el oro en el brillo de apolíneo florón;
si ese brillo, por vano, los prácticos desdeñan,
pero es el que me ofreces, bendigo a los que sueñan
y envanecido ostento mi Cruz de Soñador!

V

No extrañes que, abrumado, se me anublen los ojos,
orque el alma en sus triunfos añora sus despojos,
en las reliquias pienso que te dejó al partir...
Ay, mi padre, mi hermana, hoy no están a mi lado!
ella hubiese reído, y él hubiera llorado;
ue tierra, y cielo, y gloria, ansiaban para mí.

VI

Ancora de mi nave, de mi ternura ofrenda,
la madre de mi vida, madre, te dejé en prenda;
la dolorida anciana puede el lauro gozar,
y sólo por haberla tanta dicha ofrecido,
si no por mí ganado, por ella merecido,
es misericordioso el premio que me das.

VII

¡Pueblo de mis nostalgias; amigos, camaradas,
voces que me acarician y me son tan amadas,
aires de tus montañas, silfos de tu pensil,
ritmos de tus alcores, trémolos de tu río,
todo lo que me canta y me dice que es mío,
con sangre, y mente, y alma, las gracias recibid!

VIII

Y a los Embajadores de Elocuencia y Poesía,
que han venido a hechizarnos, dálas tú, madre mía
di que han sido magnánimos y nobles como tú,
que brindas a su genio también palmas de gloria,
que para recordarlos tendrás feliz memoria
y es timbre de tu escudo la rosa Gratitud.

IX

Cuando das a tus hijos, das en pródigas dosis;
tu rica flora alienta auras de apoteosis
que las frentes orearon en magno galardón,
de filántropos como Marta, Conyedo, Hurtado;
patriotas cual Gutiérrez, Vidal, Lorda, Machado;
bardos cual Vidaurreta y Eligio Capiró.

X

Bien hiciste; que fueron santos, guerreros, vates,
orgullo de tu estirpe, honor de tus penates;
ufánate, matrona, porque supiste dar,
del murmullo del Bélico, ternísimas trovadas;
del hierro de Escambray, victoriosas espadas;
del corazón del pueblo, tronos de caridad.

XI

Prodigas aureolas porque te sobra lumbre;
asciendes sin medida porque es vasta tu cumbre.
y a los tuyos, por serlo, brindas excelsitud,
lección dignificante ofreciendo al cubano,
que honora al extranjero y deprime al hermano,
y si lo propio eleva, lo eleva hasta la cruz...

XII

Torna a buscar el Numen nuevos vigor y galas;
de volar sobre riscos, traigo rotas las alas;
de alumbrarme las sirtes, oscilante mi luz;
de perfumar a ingratos, sin aromas mis flores...
¡Dame antiguos alientos, claridades y olores,
y mi fe, que agoniza como mi juventud!

XIII

Cuántas noches, oh, madre, evocaba de lejos
tus auroras turquíes, tus ponientes bermejos,
los postigos en donde Amor quísome herir,
la escuela, con mis ansias de improvisarme sabio;
visiones y latidos que eran dúlcido agravio
de mi espíritu libre, esclavizado aquí.

XIV

Y en mis sueños surgían, por gracia misteriosa,
tu prado frutecido y tu peña canosa;
el claro doble cerco del sonante cristal
que diluyen tus ríos, en cuyas crespas linfas
hundían su escultura las capireñas ninfas,
en aquellas tus albas floridas de San Juan.

XV

Ni aun en climas distantes olvidé la existencia
que discurrió a tu lado, ni su prístina esencia,
y escuchaba y veía, entre el mundial tropel,
el rumor de tus ceibas, por el viento hechas liras,
de tu hogar campesino las humeantes espiras
las puras emociones de mi santa niñez.

XVI

La tropical belleza me deslumbró en tu campo,
en el verdor continuo y en el súbito lampo,
en el cálido valle y en el fresco palmar;
en ti libé los jugos de la urente Poesía,
aprendí de Nobleza, de Valor, de Hidalguía,
y se orientó mi ruta por la estrella Ideal.

XVII

¡Recuerdos candorosos con la mente aun gozados!
¿Dónde están mis sinsontes, los poetas alados
en cuyos trinos férvidos mi vocación sentí?
¿Mis tórtolas nevadas, los lirios de las aves,
almitas con plumaje, cuyas ternezas suaves
mi cítara enseñaron a arrullar y gemir?

XVIII

¿Dónde aquellos frutales que mi gusto acendraron,
que alígero trepaba y en mi boca dejaron
néctares deliciosos que no hallé en otra miel?
¿Dónde de las mazorcas los amarillos dientes
que al verlos parecían saludarme rientes,
de sus labios fibrosos la esmeralda al romper?

XIX

¿Dónde seres y cosas? ¿Compañeros y amigas;
rumorosas colmenas y granadas espigas;
lugareñas con labios de candente rubí;
guajiros atezados; cañas de verdes lanzas
que a mi vista ondulaban cual lagos de esperanzas...?
Naturaleza y Vida, ¿dónde está aquel abril?

XX

¿Dónde el sultán canoro que en mi patio imperaba,
reloj de mis insomnios cuando ya atormentaba
mi pecho la impaciencia de volar como él?
. . . .

¡Todo marchó o ha muerto! ¡Cuanto nos quiera o mime,
el verdugo del Tiempo nos lo aleja o suprime,
o está próximo a irse, o por siempre se fué...!

XXI

Para mi amor de niño, el presente es un yermo:
el colegial se encorva; el mentor está enfermo;
el ara se halla huérfana de la antigua oblación.
¡Cuánto fruto agostado; cuánto vigor rendido!
¡Cuántas veces las aguas por tu cauce han corrido!
¡Cuántas tu jazminero ha mudado de flor!

XXII

¡Oh, dulce primer nido! ¡Quién hubiese podido
vivir en leda calma sin dejar aquel nido!
De él me arrojó, lo mismo que al ave, el huracán;
y el éxodo fué triste, y arreciaron mis duelos,
mas para darme impulsos e infundirme consuelos,
me siguió a todas partes tu sombra maternal.

XXIII

En Rocinante a ratos, por fragosos oteros;
a veces en Pegaso, por astrales senderos,
con la lira en los hombros, cabalgué, cabalgué...
En otras, desmontado, con almete y cimera,
por los agrios caminos emprendí la carrera...
¡Si no al triunfo, al descanso derecho he de tener!

XXIV

Desde la recia cumbre de mi bregar, suspiro
por volver a la falda de tu blando Capiro,
hallar en tu arboleda báculo a mi vejez,
olvidado del mundo, holgar sobre tu césped,
y cuando llegue el día de serte inútil huésped,
tener, madre, en tu seno sembrado mi ciprés.

XXV

¡Qué hermoso, si a la sombra de mis nativos lares
y cerrados los ojos por manos tutelares,
mi espíritu volara al espacio, a lo azul...!
¡Oh, Madre Predilecta, qué próvida fortuna
si del árbol raigado de que se hizo mi cuna,
se hicieran las humildes tablas del ataúd!
. . . .

XXVI

¡Alegrémonos, madre, y en este aniversario,
que suelte su algazara el viejo campanario,
el orador su arenga, el bardo su canción;
no para festejarme, para halagar tu oído;
que tú sí lo has ganado y bien has merecido
los vítores del hombre, la bendición de Dios!

XXVII

Mas, ¡ay!, que cuando todo risueño nos parece,
el júbilo se aflige, y el fausto se ennegrece;
¡que está roto y caído de la Patria el altar!
La vibración heroica, a los héroes no llega,
y se eclipsa la Estrella, y el Pabellón se pliega,
¡y Cuba se desgarra con su propio puñal!

XXVIII

Pueblo, en el mismo centro de la Patria engarzado,
por el fervor y el sitio, como predestinado
a ser la noble entraña que riegue Paz y Amor,
edifica en las horas del torrencial bullicio,
separa en la discordia, une en el sacrificio,
y lo que hemos perdido, sélo tú: ¡el Corazón!

XXIX

Aquel temblor suicida que estremeció los Andes
y que hizo patrias chicas de territorios grandes,
nos llega al Arco, y tiemblan San Antonio y Maisí;
mitad de ese arco de oro, que la codicia acecha,
¡sé tú la diligente y vibradora flecha
que llegue las conciencias unánimes a herir!

XXX

Hacernos puede el choque la marcha más segura
y de la Independencia tornar por la llanura
con advertido paso, sin un tropiezo más.
Si el nacional alcázar hemos ya poseído,
no nos conformaremos con haberlo perdido:
¡es, por ventura nuestra, fénix la Libertad!

XXXI

Si es la muerte el asilo seguro de la fama,
durmiendo en ti, consiga lo que mi afán reclama;
pueda un milagro entonces mi espíritu lograr,
y cuando torna mayo y cuando octubre viene,
en mi oído, aun despierto—«¡VIVA CUBA!»—resuene,
¡y oiga que se repite en nuestra habla inmortal!

XXXII

Mas si mi verbo límpido no es el que escucho fuera,
el polvo de mis huesos disuélvase en la esfera;
mis restos miserables no reposen aquí;
¡no entenderán mi lápida otras generaciones,
y perdidos por siempre nuestros caros terrones,
ni han de sernos piadosos, madre, para dormir...!

XXXIII

La tumba defendamos al defender la vida
que quien quitarnos puede, a salvar nos convida;
burlemos la sentencia del Destino fatal;
¡los crepúsculos grises resuélvanse en auroras,
y a las nubes sucedan de las febriles horas,
serenos y radiantes halos de Eternidad!

Julio, 1907.

NOTA: Véanse apuntaciones biográficas en *La lira festiva.*

EMILIO BOBADILLA

(1868)

Zenea

Para su hija Piedad,

Y mientras ¡ay! en tu prisión sombría,
en tortura secreta
a pedazos tu cuerpo se moría,
tu delicado cuerpo de poeta,
te llamaban traidor tus enemigos,
te llamaban traidor—¡qué felonía!—
los que fueron un tiempo tus amigos.

Y no fuiste traidor, noble patriota.
Fuiste en la horrenda lidia
del tirano feroz y del ilota
blanco del fanatismo y de la envidia.

Eras joven y artista,
y tus jueces, soldados
sin piedad, sin ingenio y atrasados,
el hígado preñado de rencores,
y entre tus compatriotas, ¿quién había
que, como tú, llorase sus dolores
en versos de tan honda poesía?

En el trance luctuoso de tu muerte,
el corazón inmensamente triste,
pero el cerebro fuerte,
esposadas las manos, ni un amigo
en torno tuyo viste.
Y entonces, ¡ay!, en tu dolor sin nombre,
en tu cruel desamparo,
¡cómo debiste despreciar al hombre!

Entre la turba vil, incompasiva,
de tus verdugos ebrios de venganza,
como entre lobos desvalida oveja,

perdida ya la última esperanza,
el alma hecha jirones, pero altiva,
te dejaste matar sin una queja,
sin una sola lágrima furtiva.
¡Ni una voz, ni una voz en tu defensa
se levantó viril, acusadora!
Tu amargura, ¡qué inmensa
debió ser en tan suprema hora!
. . . .

El lúgubre relato
de tu largo suplicio,
de las ruindades de tu pueblo ingrato,
me abrasa el corazón, me turba el juicio,
y llorando de horror y de vergüenza
sobre tu pobre losa funeraria,
impotente en mi cólera, maldigo,
¡maldigo de mi raza sanguinaria!

París, 1897.

Mi patria

¿Dónde está el terruño
en que, como todos, vi la luz llorando?
¿Dónde están los bronces,
dónde están los bronces de mi campanario?
Manos extranjeras
labran tu terruño
y en los viejos huecos de tu campanario
suenan otros bronces que no son los tuyos...

París, 1900.

NOTA: Véanse apuntaciones biográficas en este tomo.

RAFAEL PEREZ CABELLO

Patria

Lo mismo grande que chica,
lo mismo buena que mala,
que mísera, que opulenta,
que generosa, que ingrata,
la patria, sin condiciones,
debe ser siempre adorada,
que su honra es nuestra honra
y su mancha nuestra mancha.
Quien la olvida es miserable,
degradado quien la ultraja,
y traidor y matricida
quien la ofende con las armas.

Toda espada de patriota
debe ser muy noble espada;
que no sin razón se esgrima
ni se envaine sin honrarla.

Sé que así piensas, y sientes
así el amor a la patria,
que sus glorias son tus glorias
y sus lágrimas tus lágrimas.
Sé que tu razón se nubla
y tu espíritu se ensancha
cuando ves que flota al viento
tu bandera idolatrada.
Sé, por último, que pides,
en tus más hondas plegarias,
una y mil veces la muerte
antes que verla manchada;
que no hay bandera más linda
que la bandera cubana,
ni más luminosa estrella
que la estrella solitaria.

JOSE MANUEL CARBONELL

(1880)

Evocación

Sombras de héroes templados en el sueño
de dar la libertad a un pueblo triste;
¡vano fué vuestro empeño:
la suspirada patria ya no existe!

Como el mar se agitaron las pasiones,
y en un instante de inquietud y alarma
harta de sumisiones,
la dócil multitud requirió el arma.

Cuando oprimen y befan los de arriba
y se vulneran inviolables leyes,
la rebelión derriba
a los que intentan erigirse en reyes.

La paz, la justa paz, sólo se afianza
sobre la piedra augusta del derecho;
la libertad se alcanza
mostrando al déspota el desnudo pecho.

Cuando ultrajada la justicia cae,
y el hombre libre en paria se convierte,
el sacrificio atrae,
y nos parece hermosa hasta la muerte.

No se resigna el que juró ser libre
al gemir del esclavo en la agonía,
sin que en su puño vibre
el hierro de la santa rebeldía.

De nuestras desventuras sin ejemplo
somos, patria, los únicos culpables;
profanamos tu templo,
mordiéndonos en luchas miserables.

Desde la enhiesta cumbre hasta la sima,
rodamos pisoteando tu bandera,
y, con el odio encima,
la desgarramos con temblor de fiera.

¡Ya los héroes no son los comensales
de nuestras casas, ni a las tumbas vamos
flores primaverales
a deshojarles en piadosos ramos...!

Bajo el árbol sin hojas del olvido,
de la epopeya los guerreros duermen,
porque en torno ha prendido
de la glacial indiferencia el germen.

¿Qué tenebrosa mano nos conduce
bajo la tempestad que nos abate?
¿Qué impulso nos induce
a morir sin la gloria del combate?

¿A dónde vamos sin timón ni guía,
rota la nave, el mástil sin bandera,
y en la costa sombría
al náufrago acechando águila artera?

¿Quién de la patria los destinos rige
que la fatal pendiente no vislumbra?
¿Qué faro nos dirige,
que el horizonte lóbrego no alumbra?

Si es desaparecer la única suerte
que en nuestra desventura merecemos,
¡patria, que ante la muerte
por una vez tus hijos nos juntemos...!

Cese el torpe rencor que nos devora,
y evitemos la última caída;
¡aún esplende la aurora!
¡Sólo puede el amor darnos la vida...!

1907.

En el dolor

Cuba, ¿qué infausto sino sobre tu vida pesa?
Fuiste ayer en la guerra madre de redentores,
y hoy, en la paz ganada con tantos sacrificios,
te hacen presa tus hijos de voraces pasiones.

Por una patria, símbolo de honor y democracia,
de corazón magnánimo y espíritu sereno,
ofrendaron su vida y hacienda en holocausto
los émulos altivos de Agramonte y Maceo.

La muerte en el cadalso, el martirio en los bosques,
deportación, destierro, ¡todo lo hemos sufrido!
persiguiendo en la noche de tantas desventuras
la fulgurante estrella de glorioso Destino...

El sufragio es mentira, la República feudo,
el patriotismo bruma que el dolo desvanece,
y la Fe y la Esperanza dos sombras espectrales
interrogando al crimen entre angustias de muerte.

La vanidad heroica, la ambición entorchada,
el usufructo exigen al acero y la gloria,
la libertad invocan, y torpes y fariseos
en la ciega codicia crucificarla osan.

No hemos llegado a puerto. Estremecido observo
en medio del océano, sin brújula la nave,
y un tumulto imponente de olas alborotadas
blanden como fantasmas puños amenazantes.

Patria: tu amor inspire a todos los cubanos,
y haga Dios compatible la paz con nuestra vida;
la paz, cielo divino cuando es justa y posible.
Mas por encima de ella pongamos la justicia.

1916.

NOTA: Véanse apuntaciones biográficas en *Poesías amatorias.*

EMILIA BERNAL

(1887)

Cantares

Todos tuvieron adioses
y rosas, por despedida;
no tuve yo solamente
ni una flor ni una sonrisa,

porque saben que en el alma
guardo dos rosas marchitas,
la de mis muertos amores
y la de mi pena viva.

Adiós, costas de mi tierra,
tan azules y tan lindas,
qué besos te dan mis ojos
en la hora de la partida.

Ya otra vez os dijo el alma
tierno adiós, cuando era niña,
cuando eran vivos mis padres
y mis hermanos vivían.

Y ahora, huérfana y sola,
retorno a la despedida.
Adiós, costas de mi patria.
No me olvides tierra mía.

Cantares que vais rodando
por las crestas blanquecinas
de las olas, cual si fuerais
pedazos del alma mía,

volved, volved a la playa,
besad la arena amarilla
con este beso tan hondo
que entre mis labios palpita.

Adiós, costas de mi tierra,
tan azules y tan lindas,
¡cómo te besan mis ojos
en la hora de la partida.



NOTA: Véanse apuntes biográficos en este tomo.

AGUSTIN ACOSTA

(1887)

¡Sursum corda!

(*A los cubanos*)

¿Qué fatalismo injusto nos combate y asedia?
¿Por qué sobre la patria hay brumas de tragedia?
¿Qué viento de discordia, qué negro torbellino
entenebrece el blanco silencio del camino?
¿Qué obcecación, qué ciega temeridad convierte
la visión de la Patria en fantasma de muerte?

Dijérase que hastiados con el propio dominio,
encendemos la hoguera para nuestro exterminio,
y que el alma, sedienta de sangre y de refriega,
quiere morir nimbada por humos de la brega.

Un desaliento triste y una furia sombría
alternativamente dispútanse el imperio...
Se cierran los dorados alcázares del día
¡y se abren las voraces puertas del cementerio...!

Para elevar al solio a quien la amada idea
encarna y simboliza, buscamos la pelea,
el arma fratricida, la mofa y el insulto;
ansiamos las febriles revanchas del tumulto,
¡y olvidamos el santo dolor de la bandera!
Violentos, preparamos para una lucha fiera
el persuasivo amor de la causa abrazada;
lo que debe ser lumbre es una llamarada;
lo que debe ser liza, es un clarín de guerra...
Y es que vamos perdiendo el amor a la tierra
¡como ya lo perdimos al supremo ideal...!

La Patria es como una redoma de cristal
que oculta una traidora génesis de tormenta;
si ese cristal se rompe, ¿quién cargará la afrenta?
¿quién sufrirá el dolor de la enseña querida...?

No ya por nuestra vida... Por la sagrada vida
de la Patria; por ella; por el brusco dolor
de su muerte...; cubanos, un poquito de amor
al ideal. Miremos el alto Sinaí,
en donde oficia el alma gloriosa de Martí...
Contemplemos el alma del Apóstol divino
que, con la inalterable voz de un Nazareno,
de la suprema cumbre nos enseñó el camino,
sembrando de esperanzas el áspero sendero...

¡Las balas que se encienden, los puñales que brillan
y la piedra lanzada por la mano certera,
son como emponzoñadas saetas que acribillan
al atemorizado dolor de la bandera...!

Como dulce pastora que al borde de un abismo
se quedase dormida, y un pastor la salvara;
como nómada iluso de un lejano espejismo
que fingiera un oasis en la sed del Sahara,
y un profeta torciera su sendero fatal...
Tal se encuentra la Patria en el minuto actual.
Seamos los pastores generosos y humanos;
la vida de la Patria se encuentra en nuestras manos.
Seamos los pastores de la propicia suerte
que tuerzan los fatales caminos de la muerte.

¡Sursum corda! ¡Oh, Patria! Como una aurora brillas.
Todos, para adorarte, estamos de rodillas.
Tú eres la cumbre altísima. ¡Tú eres el Sinaí!
¡Aún vive en nuestras almas el alma de Martí...!

NOTA: Véanse datos biográficos en este tomo.

DIWALDO SALOM

A los míos

(En el tren)

Siento que todo llora en mi Deseo.
El corazón esculpe en mi Destino
la devoción de todo lo que veo
perderse en el silencio dal camino.
Ni decir un adiós, ni alzar los ojos
pude en aquel momento de partida.
Sobre mi corazón un mar de abrojos
envenenaba el sueño de mi vida.
Yo no puedo creer en el olvido

ni en un adiós eterno que me aparte
del corazón de tanto sér querido
donde adoré la majestad del arte.
  Y sin saber que estoy llorando, anhelo
tornar a padecer la despedida
de todo lo que vive en mi desvelo
y bulle, como sangre, por mi vida.
  El bello tiempo azul de mis visiones
con todo su prodigio de belleza
despierta entre mis hondas emociones
y se reclina luego en mi tristeza.
  ¡Cuba! ¡Cómo la siento entre mis venas!
Ha sido madre y flor idealizada
y fuente de mis sueños y mis penas
y jardín de mi trova enamorada.
  La patria donde más he padecido
y donde más interrogué lo arcano
y donde más amor he recogido.
¡Oh, patria de mi amigo y de mi hermano!
  Yo no podré olvidarla ni un momento;
cuando quiera llorar, pensaré en ella,
y lloraré con hondo sufrimiento
si se apagara alguna vez su estrella.



DULCE MARIA BORRERO

A la bandera cubana

I

Eres orgullo y amor
de una raza fuerte y noble
que tiene el pecho de roble
y el alma de ruiseñor,
que al evocar el dolor
que le costó desplegar
tu gloria al sol, y al pensar
en el pasado tormento,
por no lanzar un lamento
entona un dulce cantar.

II

Síntesis gloriosa y bella
de heroicidad y de amor,
¡te santificó el dolor
al encenderse tu estrella!
Dios puso del cielo en ella
todo el fulgor, y quisimos
ser más que Dios, y vertimos
con fiera resignación
la sangre del corazón
¡que gota a gota le dimos!

III

Sangre, lagrimas, dolores,
honor y vida... ¡Eso dieron
los que en el campo cayeron
para fundir tus colores!
¿Qué mucho que sus amores
encuentre el cubano en ti,
si el triangular rubí
en que brilla esplendorosa
tu estrella, no es otra cosa
que el corazón de Martí?

IV

Gloriosa bandera mía,
para brillar tanto, tanto,
¡con cuántas gotas de llanto
tu estrella se formaría...!
No merece el que no fía
en ti, gozar tu victoria;
que si a iluminar la Historia
viniste en noche de horror,
¡eternas como el dolor
serán tu vida y tu gloria!

V

Hoy todos gozan al verte...
Mas ¡ay! si la suerte un día
de la codicia sombría
en presa vil te convierte...
que cuando por defenderte
caiga el postrer moribundo,
Martí sacará, iracundo,
sus brazos de las cenizas
del sepulcro, y hecha trizas
¡te hará flotar sobre el mundo!

ALBERTO CASTILLA DEL BUSTO

(1891)

A Cuba

> Hoy es en ti, no en Delfos, donde
> Apolo pronuncia sus oráculos.

(Fragmento)

I

Sin ritmo el corazón, febril la mente,
estallando en vibrantes emociones,
mi sér entero al evocarte siente
ansias de hacerse un eco de los sones
con que a coro el riachuelo y el torrente,
la brisa y los salvajes aquilones,
los tiernos salmos y el guerrero grito,
cantan tu gloria en imponente grito.

II

Sueño en tu edén, que es todo lozanía,
donde es una apoteosis cada aurora,
donde el color derróchase a porfía,
donde la vida es música sonora,
donde todo es grandeza y es poesía,
donde libre y feliz el hombre mora,
y trovador de tu fastuosa corte,
siento elevarme en mágico trasporte.

III

Mas no sé si cantar a tu paisaje,
o si inspirarme en tu brillante historia,
o a tu mujer rendir mi vasallaje,
y temo al pregonar tu excelsa gloria
que en sus torpes vocablos mi lenguaje
indigno sea de ti, cual es la escoria
indigna de llegar a tanta gema
como engarzada miro en tu diadema.

IV

Te vislumbro en el golfo mejicano,
tremolando la hirsuta cabellera
que en alto monte y en tendido llano
en miriadas simula en tu palmera,
y me figuro al verte, que el Océano
hasta América extiende su ribera,
porque viene a besar en sus orillas
a la reina sin par de las Antillas.

V

La azul planicie y el revuelto oleaje
descubren cual vistiendo de esmeralda,
cayos e islotes ríndente homenaje
tejiendo sobre el mar una guirnalda,
para que el mar espléndido la cuaje
con las nítidas perlas, que a tu falda
lleva en tributo a tu belleza suma
el coloso en las pompas de su espuma.

VI

Y la mirada tu extensión devora
y absorta ve cuánta pujanza encierra
tu seno, que hace gala de su flora
así en la enhiesta y escarpada sierra
cual del valle en la alfombra seductora,
feria variada haciendo de tu tierra,
que simula en su fronda siempre verde
una esperanza que jamás se pierde.

VII

Mira tu estera de cañaverales
distendida en innúmeros plantíos,
donde se alzan soberbios tus centrales,
donde surgen pintados caseríos,
donde al romper los rayos matinales
ya el labrador con tesoneros bríos
toma el machete que, al cortar la caña,
adiestra el brazo para heroica hazaña.

VIII

Veo el tabaco tendiéndose en la vega
que sin rival florece en Vueltabajo
y que el veguero enamorado riega
y da lugar al taller, en que el trabajo
nunca fué signo de estulticia ciega,
porque a él la grey de los humildes trajo
un púlpito, atalaya de cultura,
donde es prédica noble la lectura.

IX

Doquiera, una ciudad en el paisaje,
cual vivac bullicioso del progreso,
con febril humareda por celaje,
arlequinesca y estucada en yeso,
dando al aire, cual débil varillaje,
su arquitectura de aplastante peso,
surge, envuelta en la red que en lazo hermano
los pueblos une del solar cubano.

X

A la orilla del mar triunfa la Habana,
siempre maja y garrida y siempre moza,
culta, rica, coqueta y casquivana,
y aunque a su lado el peñascal esboza
en el Morro un guardián de la sultana,
turba galante que en mirarla goza,
es la legión de naves extranjeras
que por ramos le ofrecen sus banderas.

XI

Mirando la riqueza y galanura
de tus lares sin fieras ni tiranos,
donde es pujante y dulce la Natura
y son fuertes y tiernos los humanos,
la fe en el fondo de mi sér fulgura
y adivino en conjuro a los arcanos
para librar de monstruos tu boscaje
y a tus hombres de triste vasallaje.

XII

Tal vez esos arcanos salvadores,
para extirpar la miserable raza
de aquellos primitivos moradores
que no supieron oponer la maza
del caníbal vencido a sus furores,
a ti orientaron de la ibera plaza
aquellas bravas y robustas gentes
que fundaron tu estirpe de valientes.

XIII

Fué muy triste el vía crucis de taíno
y fué el conquistador harto inhumano;
mas yo no culpo al hombre, fué el Destino
quien juntando un acero y una mano
derribó sin piedad en el camino
aquel lánguido sér muerto temprano,
porque su ánima pobre y su esqueleto
inexorable reclamó el Taigeto.

XIV

Luego, el bravo adalid de la aventura,
rapaz y preparado a la vigilia,
alzó como un emblema la armadura
en el rústico hogar de su familia,
engendrada al calor de tu natura
que amor y fuerza en su poder concilia,
para incubar al hijo de tu entraña
como tú, hermoso y recio, como España.

XV

Y tras breves centurias de tutela,
tus hijos, que eran sangre de guerreros,
viendo a pueblos hermanos que una estela
de luz trazaban con sus libres fueros,
convirtieron tu edén en ciudadela,
tus donceles armaron caballeros,
y ni el mar que te besa fué potente
para aislarte del libre continente.

XVI

Predicóse sin ruido la cruzada,
la voz robusta musitó el secreto,
sin tambores formóse tu mesnada,
y, presta ya para lanzar el reto,
viste morir en pérfida celada,
en un minuto todo triste y quieto,
de Bolívar los rayos y los soles
esfumados sin lumbre ni arreboles.

XVII

Pero sobreviviste al cataclismo:
Agüero, Arcís, Echerri y Armenteros,
enseñan a morir por patriotismo;
el gran Narciso López por tus fueros
inmólase en un gesto de altruísmo,
y Céspedes, imán de los aceros,
inicia con prestigios de leyenda
tus dos lustros soberbios de contienda.

XVIII

Sonó en la Demajagua la campana
y el esclavo esta vez sin amargura
la oyó, porque tañía más humana;
del mísero en la blanca dentadura
brilló radiante en la sonrisa ufana
que no empañó el temor de la tortura.
Y aquel hombre, surgido del ilota,
agradecido, se trocó en patriota.



NOTA: Véanse apuntes biográficos en el tomo: *Del vergel lírico.*

GUSTAVO SANCHEZ GALARRAGA

Canto a Pinar del Río

(A Salvador Salazar)

Pinar del Río: tazón de flores,
nido de águilas y ruiseñores;
¡sobre tus cumbres y tus abismos
libre de cienos y de egoísmos,
te alzas, glorioso de tu hidalguía,
porque en tus campos retumbó un día
la voz de todos los heroísmos!

¡Oh, cenicienta maravillosa!
¡Tuya es el alba! ¡Tuya la rosa!
¡Y con voz lírica la Fe me dice
que son tus vegas ricas y bellas
porque de noche Dios las bendice
con la caricia de sus estrellas!

Son los blasones que en tu epinicio
cantan la gloria del sacrificio,
Ceja del Negro, Trocha y Rubí.
Sangre de héroes tu gloria sella,
y, bajo el arco de la Epopeya,
la Fama un plinto te erige a ti.

En el poema de tu heroísmo,
todo es grandeza; todo, idealismo...
Sobre tu tierra, que en luz se baña,
donde la frente tienes erguida,
es un trofeo cada montaña,
por cada palma cayó una vida,
y en cada piedra late una hazaña.

Pinar del Río: refugio abierto
ante el desastre y ante el entuerto
y ante los males de la Fortuna;

de todo impulso piadoso, cuna;
¡tiene tu alma tanta grandeza,
y el amor tanto tu sér exalta,
que aun azotado por la pobreza
a otros les brindas lo que te falta...!

Ricas de cobre, duermen tus minas,
bajo el arrullo de tus palmeras,
que hicieron lauros con sus cimeras
cuando pasaron tus heroínas;
¡legión invicta de donde mana
lumbre de gloria para tu historia,
y donde yergue su faz de gloria
Isabel Rubio, la capitana!

Pinar del Río: sé el baluarte
de todo ensueño de gloria y arte;
¡y antes que huelle planta extranjera
tu suelo, donde la Primavera
con ricas flores tejió su lecho,
clávate un dardo dentro del pecho,
y muere, envuelto por tu bandera...!

NOTA: Véanse notas biográficas en *La lira festiva.*

CARIDAD G. VENEGAS

Homenaje a la bandera

¡Al gigante clamor de la lira
despierte mi raza!
Que se llenen de luces los cielos,
que la aurora se vista de espléndidas galas,
que resuene en los campos floridos de Cuba
la voz de las almas,
la voz de las almas que saben de triunfos,
y que saben de glorias pasadas,
mientras izan allá, sobre el Morro altanero,
la bandera de luz de la Patria.

Despertad a mi canto de fuego,
dormidas leyendas de heroicas hazañas,
y entre claros fulgores de incendio,
y entre chispas de luces fantásticas,
y entre sordos rumores de lucha,
y entre alegres repiques de roncas campanas,
responded al conjuro divino
que os lanzan las cuerdas vibrantes del arpa,
y venid a evocar vuestros verdes laureles
junto al alto dosel donde flota gallarda
la bandera de franjas de cielo y armiño
y de triángulo inmenso de grana.

¿No sentís el rumor de las olas
que se agitan, que bullen, que estallan?
¿No sentís cómo pasa la brisa
diciendo un poema de notas extrañas?
¿No escucháis cómo todo parece que ríe?
¿No escucháis cómo todo parece que canta?

Despertad, corazones dormidos,
despertad a la voz de la Patria,
despertad y venid hacia el templo
do comulgan de gozo las almas.
¡Venid, emigrantes
de tierras lejanas!

¡Arribad, oh, famélica tropa!
¡Venid, pueblos de todas las razas,
que al llegar a la América libre
y encontrar ese hermoso vergel de la Atlántica,
sentiréis unos brazos amigos,
soñaréis que unas voces os llaman,
y hallaréis que aquí todas las manos se juntan
sin odios, ni luchas, ni trabas,
que aquí todos los hombres son libres,
bajo el palio de luz de la estrella preclara...!

¡Cuba, patria de tantas proezas,
cuya historia, tejida de nobles audacias,
siempre llevo en la mente escondida
entre viejos jirones de santas leyendas de sangre y de [lágrimas!

Cuba, perla del mar de las Indias,
encantado jardín de mi infancia,
paraíso de luces de gloria y de ensueño,
donde mueren las ruines pasiones bastardas,
yo me postro y saludo tu enseña bendita,
que ya miro... ¡tan alta..., tan alta...!

ERNESTO FERNANDEZ ARRONDO

Al grito de Baire

Fecha gloriosa que señala el día
de aquel gesto atrevido que iniciára
tres años de espartana rebeldía...
Grito de guerra que por fin vibrara
ofreciendo al esclavo que dormía
la dulce libertad con que soñara...
¡Relámpago sangriento que escribiera
de aquella ilíada la canción primera!

La mañana se abrió en azul... Ardiente
—presintiendo la trágica algarada,—
el astro rey se levantó en Oriente;
los pájaros cantaron su alborada

simulando una arenga...—¡o todo miente
o hasta la tierra retembló exaltada!—
¡Era el apocalíptico milagro
a cuya gloria mi canción consagro!

Valientes paladines, sus corceles
briosos con presteza enjaezaron;
a la causa sagrada siempre fieles
hasta morir por ella, se juraron...
y en cuadro digno del pincel de Apeles
heroicos y solemnes deslumbraron;
alta la frente, palpitante el pecho,
y en mar de fuego el corazón deshecho.

Un hombre se destaca del conjunto,
erguido, luminoso... Se diría
que el sol localizaba a un solo punto
la carcajada de su luz bravía...
Y ante su augusta majestad, pregunto:
¿Era el jefe, realmente, el que fulgía?
¡No...! ¡que era de la patria el alma esclava
que en símbolo glorioso se encarnaba!

La primera región que respondiera
al bélico clarín, fué la que baña

el Cauto cristalino... la que hiciera
de su Turquino fortaleza huraña
y en ella nuestra patria se escondiera
por siempre libre del poder de España.
¡El indómito Oriente fué el primero
en dar al sol el relumbrante acero!

...Luego, las Villas, Camagüey, la Habana,
Matanzas y las Vegas de Occidente,
romper juraron la cadena hispana,
cual sus bravos hermanos del Oriente,
¡con la arenga de amor de las cubanas,
con fuego, y con acero, y sangre hirviente!
¡Y entablóse la lucha que nos diera,
al final, digna y libre, una bandera!

Años de incertidumbre y de agonía...
Mal Tiempo, Peralejo y Coliseo...
derrotas que al hispano le infería
el arresto genial del gran Maceo;
el broncíneo titán que en sacro día
cual Martí vió cumplido su deseo
de batir al ejército español
¡y morir, como un héroe, cara al sol!

Siguió la lucha desigual, tremenda,
de sacrificio, abnegación y llanto...
del anónimo muerto en la contienda;
del presidiario de estoicismo santo;
del prisionero la tortura horrenda,
y del proscrito el doloroso canto.
¡La nación convertida en cementerio
donde la Muerte estableció su imperio!

Mas, del fracaso, las siniestras horas
se volvieron promesa y optimismo;
las águilas del Norte, redentoras,
al clamor de ferviente patriotismo,
bajaron a la lid, abrumadoras,
emulando al manbí con su heroísmo...
¡Y fundiendo en la nuestra su bandera
la izaron del San Juan en la cimera!

El sueño, en realidad fué convertido...
Fuimos libres, con patria soberana,
y en ella cobijamos al vencido,
a nuestros padres de la raza hispana,
¡con todos...! como fuera prometido,
y ¡para todos...! con amor de hermana;
con un sólo interés y ambición única:
¡Primero...! ¡antes que nada...! ¡la República!

APENDICE

Contiene notas biográficas, por orden alfabético de apellidos, de los poetas que figuran en esta «Galería», desde Acosta hasta Bobadilla

ACOSTA (Agustín)

Nació este gran poeta contemporáneo en la ciudad de Matanzas en el año de 1887.

En la ciudad natal estudió primeras letras y el bachillerato, pasando después a cursar en la Universidad de la Habana, donde obtuvo el grado de doctor en Derecho civil.

Desde muy joven empezó a cultivar la poesía, ganándose rápidamente un renombre que le abrió

las puertas de las principales publicaciones habaneras, desde las cuales fué creciendo su fama hasta que se le considerase el primer poeta cubano de su época y uno de los más altos de América, de cuyo prestigio continúa gozando, pese a su parca producción actual, si bien nunca ha sido abundante.

Ha obtenido varios primeros premios en importantes concursos y juegos florales cubanos e hispanoamericanos.

Solamente tiene publicados dos libros: «Ala» (1915), y «Hermanita» (1923), acogidos con caluroso elogio por los más conspicuos críticos cubanos y extranjeros.

Agustín Acosta ha compartido siempre sus actividades entre las letras y el ejercicio de su profesión. Actualmente, es notario público en la villa de Jagüey Grande.

ACOSTA (Ignacio María de)

Nació en la Habana, en octubre de 1814, y en esta ciudad cursó todos sus estudios, en el Seminario de San Carlos, adquiriendo muy varia y selecta educación. En 1833 pasó a residir en Matanzas, donde creó familia, floreció como poeta y ganó sólida fama de educador, disciplina que cultivó con amoroso celo la mayor parte de su vida.

Fué colaborador en esa ciudad de las publicaciones «El Yumurí», «La Aurora» y «La Guirnalda». Y en la Habana de «El Artista» «La Revista de la Habana» y otras.

Con el título de «Delirios del corazón», publicó una selección de composiciones en 1845.

Es autor también del «Romance histórico y geográfico de la Isla de Cuba», declarado de texto obligado en las escuelas públicas de Matanzas.

ALFONSO Y GARCIA DE MEDINA (José Luis, marqués de Montelo)

De familia opulenta, nació este poeta en la ciudad de la Habana el 22 de julio de 1810. Huérfano a los cuatro años, fué recogido por una tía materna, encargándose de su educación con un interés verdaderamente paternal un tío paterno. En 1822 comenzó sus estudios en el Seminario de San Carlos, los cuales continuó dos años después en Nueva York, dedicándose con especialidad a idiomas, filosofía, matemáticas y música. Nuevamente en la Habana, en 1826, cursó dos años de Derecho en esta ciudad, estudios que suspendió en 1828, para dedicarse a viajar en compañía del sabio cubano José de la Luz Caballero, con el cual recorrió los Estados Unidos y casi toda la Europa occidental. Tres años después regresó a Cuba José de la Luz, y Alfonso continuó su excursión por las naciones orientales europeas, hasta 1833, que volvió a Cuba. Casado

en 1835, fijó su residencia en París. Tornó a residir en la Habana desde el año 40 al 50, fecha en que volvió a sus viajes, hasta que nueva y definitivamente se estableció en París, donde vivió rodeado de fastuosidad y relacionado con la sociedad más distinguida.

Fué poeta muy discutido, aunque celebrado por la crítica coetánea. Mientras Bachiller y Morales, López Prieto y otros le han dedicado verdaderos panegíricos, los que posteriormente han estudiado su producción poética, casi coinciden en serle adversos. No merece, en nuestra opinión, ni los encomios de los primeros, por exagerados, ni el olvido casi absoluto en que hoy se tiene a este poeta, bastante correcto en la expresión y dulce y tierno casi siempre. Ha dejado dos tomos de poesías selectas publicadas en 1863, en París, intitulados «Cantos de un peregrino».

BALMASEDA (Francisco Javier)

Prosista y poeta, nacido en la ciudad de San Juan de los Remedios, de la provincia de Santa Clara, a 31 de marzo de 1833.

Se dió a conocer como poeta en «El Faro Industrial»; colaboró en las más importantes publicaciones habaneras de su tiempo, y en la Habana dirigió «El Liceo».

Por sus ideas separatistas fué deportado en el año 1869 a Fernando Poó, de donde logró fugarse, y pasó entonces a residir en Nueva York.

Publicó una selección de sus primeras composiciones, en un volumen, con el título de «Rimas cubanas» (1846), y una colección de «Fábulas morales», en 1861. Un año después estrenó una comedia de costumbres intitulada «Las primas, o Las montañas de oro», y posteriormente dió a luz la novela «Los misterios de una cubana», y un tratado de economía política.

Su ciudad natal le debe la fundación de una biblioteca pública, en 1863.

Falleció en el año de 1907.

BERNAL AGÜERO (Emilia)

Nace esta celebrada poetisa contemporánea en 1887, en Nuevitas, accidentalmente, pues sus padres retornaban de una excursión a su casa de Camagüey, donde esperaban el acontecimiento. Es hija de un pintor y periodista y de una poetisa, tan escasos de bienes materiales como ricos en dones del espíritu: Emilio Bernal y Concepción de Agüero, ambos fallecidos tiempo ha.

Los primeros años de su niñez trascurren en Camagüey y en Minas, pueblecillo de esta provincia, donde su madre ejerció algún tiempo el magisterio. Esta época de su vida, hasta los trece años, es azarosa sobre toda ponderación, a la que dan un dramatismo fuerte la imposibilidad física del padre, la enfermedad lentamente extenuadora de la madre, el arruinamiento total del hogar con la guerra de independencia, la expatriación, la miseria, el luto... La propia autora acaba de recoger (1925) estos apuntes en un libro intitulado «Layka froyka», henchido de emoción y que deja un recuerdo imborrable de su lectura.

Recibe la instrucción primaria en su hogar y en las escuelas regentadas por la madre, con tan buenas aptitudes como escasa aplicación. A los quince años contrae matrimonio. Entra en la nueva fase de su vida sin que ni remotamente despierten en ella vocaciones literarias. Apuntan éstas inesperadamente al fallecer un hermano, en 1910, y, entonces, inspirada por este hondo pesar, compone su primera poesía: «Crespones».

A partir de esta fecha, las letras la atraen apasionadamente y encuentra en su sensibilidad, estilizada por los dolores de la infancia, un caudal de ternura que va derramando en aplaudidas composiciones, que ven la luz en los periódicos camagüeyanos. Su colaboración figura después en las más importantes publicaciones habaneras, con mayor asiduidad en «El Fígaro», en «Bohemia», en «Letras»... Más tarde es redactora del «Diario de la Marina» y de «La Nación», y colaboradora de «Mercurio», de Nueva Orleans.

Posteriormente busca nuevos horizontes fuera de su país. Viaja por América del Norte y por Europa, recogiendo aplausos de público y calurosos encomios de crítica por su labor poética, particularmente con ocasión de sus recitales:

Dos en la Universidad de Columbia, de Nueva York, en los años de 1921-22.

Otros dos en Lisboa (1924), en los salones del periódico «El Mundo», y en los de la Embajada española.

Otro, en ese mismo año, en el Ateneo madrileño.

Dos más (1925), en el Centro Artístico, de Granada, y en «La Casa del Libro», de Madrid.

Y últimamente, otro de los siguientes líricos portugueses, traducidos por ella: Anthero de Quental, Gomes Leal, Luis Guimeraes, Julio Dantas, Olavo Bilac. Este y una conferencia sobre tema histórico cubano, tuvieron efecto en la Universidad de Coimbra.

También le valió grandes lauros un cursillo de cuatro conferencias de historia de Cuba explicadas en la Universidad de la Sorbona, de París, en 1923.

En España ha colaborado en algunas revistas, entre ellas las de «Prensa Gráfica», y cosechado muy cálidos elogios de crítica a sus libros.

Son éstos los siguientes: «Alma errante» (1916); «¡Como los pájaros!» (1922); «Los nuevos motivos» y «Vida» (1925, ambos), todos estos tomos de poesías, y «Layka froyka» (1925), pro-

sa. Además, tiene en preparación un volumen de conferencias y dos novelas.

Algunas de sus poesías de «Alma errante» están traducidas al ruso; y al inglés, la intitulada «La letanía de la nieve», por Marian Storn.

BETANCOURT Y SALGADO (Luis V.)

Hijo del también publicista cubano, José Victoriano, nació este poeta en Matanzas, ¿hacia 1840?

Estudió en su ciudad natal y en la Habana, obteniendo el título de abogado en 1866. Por entonces se dió a conocer, como escritor fácil y festivo, en una serie de artículos de crítica publicados en «El Siglo». Como poeta, ha cultivado con predilección y fortuna la vena humorística, siendo uno de sus más sonados aciertos el poema «Bartolo y Chumba».

Fué colaborador de multitud de publicaciones literarias de su tiempo, entre ellas «El Mundo Nuevo», de Nueva York.

En 1867 publicó una colección de trabajos en

verso y prosa, muy celebrados, especialmente la elegía: «A la muerte de Lincoln».

Por sus ideas liberales y separatistas, hubo de emigrar, al estallar la insurrección de 1868, y no retornó a su país hasta acabada la guerra, diez años después.

Falleció en la Habana en 1885.

BLANCHET (Emilio)

Nació este ilustre publicista y educador en Matanzas, el 7 de noviembre de 1829. Comenzó sus estudios en su ciudad natal y los concluyó en la Habana, doctorándose en Filosofía y Letras. Obtuvo por oposición las cátedras de Geografía e Historia en el Instituto matancero, cargo que desempeñó muchos años.

Sus actividades docentes no le han impedido cultivar la literatura, lo que hizo con brillantez en prosa y en verso. Ha obtenido premios en certámenes literarios de la Habana, Madrid, Sevilla y Huelva, y por sus merecimientos fué miembro

correspondiente de la Academia Nacional de Artes y Letras.

Entre sus obras de carácter histórico, es muy celebrado su «Compendio de la historia de Cuba», y de sus libros de entretenimiento, en prosa, fueron muy bien acogidos «Cuadros y narraciones» e «Historia y fantasía». También ha escrito novelas cortas; los dramas «El anillo de Isabel Tudor», «La conjura de Pitou» y «La verdadera culpable».

Como poeta ha sido un versificador correcto e inspirado. Cuatro son los volúmenes de sus composiciones: «Sueños y realidades», «Vislumbres de poesías», «Sátiras y espinas de la experiencia» (epigramas).

Falleció el 22 de noviembre de 1915.

BLANCHIE Y PALMA (Francisco Javier)

Nació este desventurado poeta el 25 de noviembre de 1822, en la ciudad de la Habana, y en ella murió prematuramente, el 27 de enero de 1847.

Huérfano a los once años, fué recogido por su abuela materna, con lo que, si pobre había nacido, pobre continuó al lado de ésta, hasta que perdió su único amparo al fallecer ella en 1840.

Comenzó sus estudios gratuitamente en el colegio de los padres de Santo Domingo de Guzmán, de donde, por méritos escolares, consiguió pasar, asimismo gratuitamente, al Seminario. Aquí estudió con gran aplicación el bachillerato, grado que obtuvo en 1842.

Después, por la misma carencia de medios en que se desenvolvía su vida, tuvo que abandonar sus estudios para ganar el sustento. A esto, se ayudaba con alguna que otra colaboración remunerada en varias publicaciones habaneras. Entonces fué cuando se reveló un poeta de extraordinarios méritos, predominando en sus composiciones el matiz melancólico, como reflejo, al fin, de su vida deslizada entre penurias.

Colaboró, principalmente, en «Revista de la Habana» y en «Flores del Siglo».

En 1845 recogió en un tomo titulado «Las margaritas», sus mejores composiciones. Fué tan corta la edición, que se conservan muy contados ejemplares de ella.

A tal punto fué desgraciado este poeta, que cuando obtuvo un destino, en 1847, que le podía consolidar una buena posición económica, le sorprendió la muerte. No tenía entonces veinticinco años.

Olvidado durante su corta vida, recibió toda clase de honores en la hora de fallecer. Esto dió motivo a que se dijera que el mejor día de su vida había sido el de su muerte.

BOBADILLA «FRAY CANDIL» (Emilio)

Nació en Cárdenas en 1868. De niño, se trasladó a Madrid, donde cursó sus estudios universitarios, graduándose en Derecho Civil y Canónico. Muy joven, estudiante aun, sus inclinaciones literarias le llevaron al periodismo militante. Empezó a colaborar en «Madrid Cómico», donde una resonante polémica con «Clarín», que culminó en un duelo del que éste salió herido, le dió mucha notoriedad. Posteriormente, su colaboración fué tan solicitada, que llegó a colaborar en muchí-

simas publicaciones españolas y americanas, y algunas de París, donde habitualmente residía.

Pese a que fué muy combatido, había en él un escritor de raza, muy humano, aunque terrible para las reputaciones de oropel. Su estilo, tanto en prosa como en verso, es muy correcto y no pocas veces brillante.

Ha dejado una copiosa bibliografía en viajes, novela, y muy especialmente en crítica literaria, disciplina que parece haber sido una de sus preferencias, y en la que ha obtenido fama perdurable.

Como poeta, figuran entre sus libros: «Vórtice» y «Fiebres».

Casi siempre firmaba sus escritos «Fray Candil», pseudónimo popularísimo en todo el mundo hispanoparlante.

Falleció en Biarritz, en febrero de 1921.

INDICE

Esteban Borrero Echevarría

José Martí

Bonifacio Byrne

Manuel Serafín Pichardo

Emilio Bobadilla

Rafael Pérez Cabello

José Manuel Carbonell

Apendice de biografias

Editorial. B. Bauzá.—Apart. 66.—Aribau, 175 a 179
Barcelona

LA NOVELA INTERESANTE

(Biblioteca para la Mujer)

ÚLTIMOS TITULOS PUBLICADOS

LUISA M. ALCOTT

- *La provincianita que sueña en un amor*
- *Las mujercitas vanidosas*

I. ALFARO

- *Más allá de la tumba*
- *Las dos huérfanas*

CARLOTA M. BRAEME

- *Azucena*
- *Dora*
- *Leonor*

E. BULWER LYTTON

- *Los hijos sin nombre*

AUGUSTUS CRAVEN

- *Florangel* [1]
- *El sacrificio de Florángel* [1]
- *Ana Séverin*

CHAMPOL

- *Sor Alejandrina* [1]

(1) Novela premiada por la Academia Francesa.

C. Enault

- *Gabriela de Célestange*

Octavio Feuillet
(De la Academia Francesa)

- *La novela de un joven pobre*

Carlos Foley

- *El novio misterioso*
- *Flor de sombra*

Enrique Greville

El calvario de Raisa
- *Una vida de amor (Sonia)*
- *El ángel del hogar*

Amar sin esperanza
- *El corazón de Luisa*
- *El Príncipe Ilusión*
- *El novio de Lisa*

La hija abandonada

Jolanda

- *El crisantemo rosa*
- *María hermosa, María buena, María loquilla*
- *La señorita Mimma*
- *Sor Inmaculada*

Alfonso de Lamartine
(De la Academia Francesa)

- *Flor de Lis*

Eugenia Marlitt

- *¡Sin madre...!*
- *La princesita de los brezos*
- *...¡Pero el amor perdona!*
- *Mercedes*
- *La calumniada*
- *Barba Azul*


UNIVERSITY OF N.C. AT CHAPEL HILL
00024596947